EL PACIFICADOR.

(CONTINUACION DE LA TRINIDAD DEL INDIO.)

POR

J. T. y L.

LIMA.

IMPRENTA "BOLOGNESI"

CALLE DE HUANCAVELICA (ANTES ORTIZ) N.º 118.

1886.

Á LOS LECTORES.

No es un prólogo ni una dedicatoria lo que vamos á escribir: es un lamento de la prensa cautiva. Circunstancias especiales nos obligan á dar á luz esta parte de nuestra obra, de una obra cuyas dimensiones tal vez sean superiores á nuestras fuerzas; y circunstancias, que todos conocen, nos obligan á darla incompleta, trunca ¿pues quién se atrevería á escribir para el bien en estos aciagos dias, cuando una frase descuidada o mal interpretada puede poner al cuitado escritor frente al ceño fruncido de la autoridad represora? Tenemos pues, que contener nuestra pluma; la tímida prudencia debe guiarla, y no los arranques generosos de una alma justa y amante de la libertad y el derecho: hoy todos los que respiramos el aire, infecto desde la ocupacion chilena, de esta capital, estamos imposibilitados para hacer el bien; y el escritor honrado, justo y liberal tiene que imponerse un silencio mustio, que solo interrumpe para remontarse á regiones ideales, y aun así, con el riesgo de que lo aprisionen al rozar sus alas por la tierra; y dejar la palabra á los farsantes, á los que se inspiran, no en los sanos principios de la justícia, la moral y la libertad, sino en los hechos reales por tristes ó afrentosos que sean; que trabajan, no por la idea, sino por el dinero, no para el bien, sino para sí. Felizmente, para honra de ella, nuestra prensa independiente se ha impuesto ese silencio múst̃io tan en armonía con nuestro duelo, tan propio para espresar el descontento universal.

Ya nos figuramos una voz que nos dice: ¿hasta los novelistas? ¿hasta los forjadores de fábulas? y relegarnos con este *hasta* despreciativo hasta mas allá de la heria, cual si fueran los escritores los que ménos derechos tuvieran; cual si fueran moral y materialmente mas insensibles que los infelices y huérfanos indígenas; cual si en este eclipse total de la justicia y los derechos hubiera luz para nosotros; cual si en este osuro reinado de todas las arbitrariedades é impunidades hubiera mas garantías para nosotros; pero aunque no poseemos (y tampoco envidiamos) la fama y la honra (?) del director de la batuta, del cómico de la tragedia nos sentimos muy honrados con nuestra oscuridad y nuestra independencia sin fausto, prefiriendo forjar cuentos en lo ideal que en lo real; y contestaremos á su admirada interrogacion y á su despreciativo hasta: señor, mas vale ser fabulista que cuentista.

Bastarán unas pocas palabras para que conozca el lector cuan justo es nuestro temor: por lo que se verá, esta novela es por su índole esencialmente crítica, y aunque la parte que pudiéramos publicar, se refiere á hechos yá pasados; aunque tanto por esta razon cuanto por no ser necesario desenterrar á los muertos para presentarlos, á los que lo mereciesen, al escarnio de las generaciones, no citamos nombres propios y solo algunas veces ligeras alusciones la mayor parte inofensivas ¿no podría suceder que viendo la analogía de unos hechos con otros, de personajes fantásticos con sujetos reales se quisiera ver tambien alusiones á hechos y personages actuales? es muy posible; y como, bastándonos para ello el haberlos copiado del natural, esos hechos y esos personages los pintamos con los mas vivos colores para que se fijen en la imaginacion del pueblo, naturalmente se daría á nuestra obra una intencion que nó tiene.

Tambien abrigamos la intencion de pintar esta última parte de nuestra historia; ella debe ser grabada con caracteres indelebles en la memoria del pueblo, para que sirva de ejemplo á los hombres del porvenir; para que se vea allí el escarmiento de un pueblo que asesinó á sus bienhechores, que encumbró hasta el poder á los que mas contribuyeron en todos los tiempos á su ruina; para que se vea cuan funesta es la

desentendencia á la pátria en los momentos de peligro; para que no se deje deslumbrar por discursos pomposos, hasta el estremo de olvidar sus leyes y sus deberes; para que no se deje engañar por teóricas abnegaciones. Este será el fin de nuestra obra, con los mártires que dieron su sangre por la patria, salvando su nombre de la deshonra y labrándola su corona de gloria; con la guerra civil y sus víctimas que es la corona de espinas con que le han tejido sus hijos abnegados.

Sí, es preciso que el pueblo conozca los sucesos y los hombres que en ellos han intervenido; si la guerra dió lugar á que, ya porque todas las fuerzas y atencion de la Nacion estuvieran distraidas por el invasor; ya porque este mismo invasor quisiera humillarnos más hollando nuestra soberanía nacional, hombres aciagos consumaron nuestra ruina; ella tambien dió lugar á que probaran que no todo era cieno en el Perú, ofreciendonos bellos ejemplos que imitar: Grau, Bolognesi, Moore, Zavala, Astete, Silva, Aguirre y otros mil que murieron; Villavicencio, Andrés Avelino Cáceres, Canevaro, Suarez, Bermudez, Saenz-Peña y Pacheco Cespedes (cubano, argentino aquel) peruanos de adopcion, Borgoño Galvez y cien otros que respetaron las balas enemigas para esperanza nuestra.

Es pues nuestra intencion conducir á los lectores al traves de este vasto campo, presenciando la descomposicion y sus causas; ensalzando á los buenos y abatiendo á los falsos idolos, presentándolos unos en efigie en cuerpo y álma; para esto último tenemos gozando aun de salud á Prado, Montero Piérola, García Calderon, Iglesias, y Cáceres; la superioridad de leyes á la voluntad de autócratas, á veces ignorantes; á los falsificadores de esas leyes y en fin, si es posible, nadie ni nada se escapará de las fojas de nuestro libro, ni la prensa, que en la primera parte estará representada por figuras ideales y en la última: por el cómico personaje conocido por el apodo de don Adulino (por guardar este nombre tanta analogía con el del sujeto como con el del atributo.)

Grande trabajo nos costó bosquejar nuestra novela, y para ello tuvimos que hurtar nuestro tiempo á ocupaciones lucrativas ¿lo habremos perdido? no: por mas que escritores

asalariados se empeñen en ofuscar la inteligencia del pueblo por mas que los obreros del mal se empeñen en entronizar la violencia y el capricho como única ley, algun dia, tal vez muy pronto, alumbrará el patriotismo y la Patria caminará por el carril de la ley hácia el progreso, guiada por sus hijos predilectos, por aquellos que no derramaron su sangre, ni la sangre de su sangre para enrostrárnosla, ni nos han degollado en nombre de la filantropía.

A ellos dedicamos esta obrita como justo tributo; á los que no desmayaron ni en los llanos ni en las breñas, aunque se vieran vendidos por los Judas de esta patria infortunada; á la prensa independiente que ha sabido defender los fueros de la libertad y el derecho; á todos los que no han desesperado de ver á su patria, libre, hasta de influencias, grande y justa.

Lima, Setiembre 10 de 1885.

LA RAZA INDIGENA.

Triste es la condicion del pueblo que sin pasado, por que lo ignora, sin porvenir, por su ignorancia, nada tiene que recordar, ni nada mas que desear que la satisfacion de las instintivas necesidades de la naturaleza. Así como una planta, y planta inculta, han crecido nuestros compatriotas del interior ¿cuál ha sido el gobierno que ha emprendido, que ha intentado, siquiera, la regeneracion del indio? sin temor de equivocarnos lo decimos: ninguno. Se ha considerado al indio como una bestia destinada á satisfacer la avaricia de los curas y gobernadores, ó á defender los partidos, armados del fusil que tan bien saben manejar. No faltan *doctores* que firmemente convencidos de la irremediable degeneracion del indio, creen que el *látigo* y el *plomo* deben ser los únicos estimulantes de los *hijos del sol* mientras su padre se digne concederles su luz en éste mundo ¡los descendientes de los constructores de Sacsahuaman, Parmunca, Huánuco y otros restos dignos ce la antigua Roma están condenados por un sino infalible al papel de ilotas ó gladiadores! Mas yo que no soi doctor ni erudito, creo que á nuestros indios solo les falta ilustracion para nivelarse con los pueblos mas adelantados; y para creerlo me basta saber que todos aquellos á quienes la fortuna ha concedido medios para ilustrarse no han hallado inconvenientes ni en el color de su rostro ni en la masa de su sangre.

Aquellos que, vivamente impresionados por la invencible

apatia del indio, juzgan que no hay *remedio* para él, lo hacen con prevencion ó lijereza, ó no conocen la historia ¿creen que los aldeanos franceses antes de la revolucion, y los italianos antes de la resurreccion de su patria eran muy superiores á nuestros indígenas?

La raza indígena que físicamente no es una raza degenerada, puesto que es fuerte, tampoco lo es moralmente; es ignorante porque *nadie nace sabiendo*, he allí todo. Sobre el espíritu del indio está sentada, á manera de mármol sepulcral la autoridad de sus antiguos *corregidores*, heredada por sus gobernadores y aunada á la del sacerdote *vil* que hace de su ministerio un comercio lucrativo.

Que el indio es incapaz de progreso es una teoria tan superficial, tan vulgar que no merece la pena de controvertirse; y despues de todo ¿no merecería la pena de probarlo?

Indios han sido y son los soldados que, ya en nuestras luchas internas, ya en nuestras guerras nacionales, han defendido el pabellon nacional; y si no siempre la victoria ha correspondido á sus esfuerzos, sobre todo en la última guerra ¿no ha sido cada batalla una carnicería suficientemente sangrienta para probar el valor no siempre afortunado? El hombre que es capaz de sacrificar su vida, que sin mas instruccion que la ruda del soldado es capaz de morir exclamando: ¡Viva la Patria! no es, no, incapáz de cultivo; los que en Junin han defendido, y á veces triunfado, con las armas de Homero contra las armas modernas, á su patria, no son un pueblo incapaz de regeneracion.

Los necios y los que no lo son, que sostienen lo contrario, no se qué respuesta darán cuando con los hechos actuales se controvierten sus teorias; porque, lo repetimos, el pueblo que es capaz de sacrificarse por su patria, es porque es capaz de comprender, si bien no en toda su plenitud, lo que encierra esa idea.

El indio es, en la actualidad con muchas exepciones, un ser privado de libertad individual; mas esta sumicion, que está muy léjos de la esclavitud, pues que se ejerce sin coaccion, no le ha hecho olvidar su instinto de independencia. Si al principio de la guerra no hubo medio para hacerles comprender la obligacion de defender á su patria, tan luego

comprendieron esa independencia amenazada, se levantaron á la voz de sus curas y autoridades, y sin mas armas que el *rejon* con que luchan en sus fiestas con las fieras, y la histórica *honda*, emprendieron la cruda guerra, aun no terminada al escribir éstas líneas (1); y el dia que la luz se haga sobre esos acontecimientos ¡cuánto no habría que admirar en esos infelices que murieron exclamando ¡viva el Perú! acribillados á balazos ántes de poner al enemigo al alcance de la punta de sus rejones!

Los *convictos* de su propio valor, los necios, los que no quieren ver en el movimiento en la lucha del interior nada patriótico dicen: ¿qué saben esos índios brutos lo que es patria?» ¡Ah! señores, yo hubiera querido que vosotros que tan bien lo sabeis, hubierais sido ménos sabios y mas patriotas, y tal vez en la actualidad no tendriais que maldecir, que es lo único que se os ocurre para defenderos. Cierto, el indio no tiene para expresar sus incultas ideas mas que un dialecto incomprensible para oídos no ejercitados; cierto, el indio es incapaz de comprender en toda su plenitud lo que significa la palabra patria, y por eso conspira muchas veces contra su felicidad; la ama con la misma inconciencia con que el niño ama á su padre, sin saber por qué, sin saber siquiera el parentezco que lo une á él; pero vosotros, que comprendeis ese santo amor á la patria, que decis que lo sentis ¿cuando lo habeis probado? El instintivo patriotismo de aquellos les ha inspirado sacrificios heroicos:- vuestro *entrañable y bien comprendido patriotismo* si no os ha inspirado *sacrificios vergonzosos*, no os ha inspirado nada.

Hemos dicho que el indio es un ser sin voluntad propia, puesto que es ignorante, y que por consiguiente carece de libertad individual. Acostumbrado al gobierno patriarcal de los Incas, siguió sumiso á sus nuevos amos, los conquistadores, y en vez que Curacas tuvo Corregidores, y en vez de pertenecer al Inca perteneció al amo á quien le tocó ser repartido. La cabeza social cambió, pero el cuerpo continuó siendo el mismo. Y el indio continuó trabajando como una

(1) Aun estaban los chilenos en el Perú.

bestia, con la única diferencia que antes lo hacía para bien público y ahora para bien particular que estaba muy lejos de ser el suyo. Pero si bajo el gobierno patriarcal de sus legítimos soberanos no tenía el indio iniciativa individual, como hasta en los sistemas mas atrasados cuando reina la justicia la humanidad es feliz, tampoco tenía que temer los rigores de la miseria ni los de la vejez: su existencia estaba garantizada por la sociedad en que vivía. No así bajo el yugo colonial: repartidos, fueron á morir en las entrañas de la tierra ó en los ardientes valles de la costa.

En los primeros tiempos de la República los indios no sintieron los beneficios del cambio. Las autoridades siguieron el camino trillado por sus antecesores. Solo en tiempos posteriores se presentó un hombre con valor suficiente para redimir al indio y libertar al negro. El bien fué positivo para los últimos, pero respecto á los primeros, solo se abolió el derecho quedando el hecho, llámesele abuso, llámesele como se quiera; así, pues, puede asegurarse que, con raras excepciones, la condicion del indio es siempre la misma; siempre es el humilde siervo de la autoridad, siempre la mansa oveja esquilmada por el sacerdote. No importa que la ley le conceda el derecho de ciudadano con todos sus adherentes: la ley no entra sino junto con la ilustracion. Ignorante el indio continuó atado, su cuerpo y su espíritu al yugo de sus autoridades temporal y espiritual, amenazado con las penas de la tierra y las penas del infierno; como si el cielo y la tierra se hubieran conjurado para hacer de él una masa inerte, el cura y el gobernador fraternizaron y se asociaron para continuar la tarea empezada en siglos pasados.

Llega la época terrible que atravesamos ¿qué pierde el señor cura,? ¿qué pierde el señor gobernador? ¿qué pierde el indio en general? nada, y es la verdad, y la única causa de la indiferencia de los pueblos en los asuntos mas graves y mas públicos de la Nacion. Pero llega el momento no ménos terrible en que las bayonetas chilenas van á imponer ley y cupos á los pueblos del interior; el gobernador y el cura, mas directamente amenazados lanzan la voz de alarma ¡guerra á Chile! gritan, y Junin se levanta como un solo hombre; no hay fusiles, pero hay *rejones*; no hay cañones pero hay rocas,

y con tales armas comienza una guerra cuyos detalles aún no son conocidos.

Si el indio no ama la libertad, cuyos beneficios no conoce, tiene grado amor á su independencia: á su puna, á su roca, á su cabaña.

Sin quererlo y sin poderlo evitar se nos vienen á la imaginacion los hechos á que dá ó puede dar lugar la actual situacion de la raza indígena y no son, por cierto, los mas graves, auuque si los mas antiguos, los abusos que cometen con ellas las autoridades y todo el que reviste algun carácter. Ante todo haremos algunas reflexiones que creemos oportunas: los pueblos se ilustran de dos modos; el uno, la instruccion, es el único que puede dar en beneficio general y particular los frutos satisfactorios; el otro medio de ilustracion lo proporciona el roce de los pueblos de lo que generalmente resulta una ilustracion ficticia. La ilustracion es la libertad, y el pueblo que aprende á ser libre en la escuela aprende al mismo tiempo que sus derechos, sus deberes; al mismo tiempo que el modo de adquirirla, el modo de conservarla; lo que no enseña jamás la ilustracion de las plazuelas, ilustracion que, aunque parezca una paradoja, no es muchas veces sino la corrupcion del pueblo; que le ensena muchas veces lo que sería mejor no supiera, á no saberlo de otra manera, para bienestar de todos.

¿Es cierto ó es una calumnia á ese patriota pueblo, que los índios de Junin han proclamado la guerra al blanco? ¿Es la guerra de razas la que ha estallado ó es la guerra á los que juzgan enemigos de la santa causa que defienden? Si fuera cierto no nos estrañaría, y con el ánimo contristado, por un hecho funesto, pero lógica consecuencia de añejas injusticias, diríamos á nuestros hombres de estado; ved, señores, vuestra obra, vosotros que formásteis constituciones, no para que el pueblo gobernara por medio de sus delegados, sino para dominarla á vuestro antojo; vosotros que dictásteis leyes para proteger la libertad, y solo protegísteis la esclavitud; vosotros, todos los que hicísteis de la cosa pública un vergonzoso monopolio comercial.

La raza indígena tan despreciada por los ignorantes vulgares, y por los ignorantes de *alta esfera* no es tan desprovis-

ta de dones intelectuales como creen ¿pero cómo podrán desarrollarse esos gérmenes de luz sin una mano piadosa que los ayude?

El índio, valeroso y astuto, será con el tiempo un elemento de progreso ó de atraso; esto dependerá del mayor ó menor patriotismo de nuestros mandatarios, de los hombres que ocupen los puestos públicos en el porvenir.

Supongamos que los ya muy usados resortes de la sumicion del índio se acaben de gastar; el dia que conozcan la falsedad del dogna que los hace someter con la humildad de una oveja á sus autoridades ¿qué sucederá? el dia que ya sea por el roce con otros pueblos; ya porque los partidos quieran explotar su triste situacion, el dia que conozcan que valen mucho mas de lo que se creen ¿no son de temerse muy sérios contrastes en nuestra sociedad?

La actual guerra que há sido para todos una aterrante calamidad, ha sido para los pueblos del interior una revelacion. Felizmente los pueblos que se hon levantado continúan sumisos á sus jefes y autoridades ¿pero no puede ser que mas tarde la energía que han desplegado contra el enemigo la despleguen contra su patria? De cualquier modo que sea, tiempo es ya de que los gobiernos piensen en cortar las raíces de nuestros males; tiempo es ya de que piensen que no son representantes de partidos, sino del pueblo; que su mision no es proteger el *negocio* de los que lo ayudaron á subir, sino velar por el progreso del pueblo. Es preciso que desoigamos la voz de esos *protectores* que solo saben proteger su desemfrenada ambicion; que deshechemos á los *mezquinos liberales* que quisieran que la República fuese una oligarquía para solo ellos gobernarla.

Las mismas condiciones que hacen del indio un ser deprimido moralmente, pueden convertirlo en un ser sumamente moral y útil á su patria: su humildad proporciona la facilidad de instruirlo y amoldar su carácter.

El gobierno que implante la ilustracion del índio hará un gran bien a la humanidad y un bien inmenso á su patria incorporando á las filas activas de la sociedad y del progreso un número no despreciable de séres útiles. Y no se crea que esto sea una utopia, ni siquiera un ensayo que no merezca la

pena de emprenderse: no aquí donde el mas ínfimo individuo tiene expedito su derecho de ciudadano, sino en aquellos que lo han perdido por la conquista, el conquistador pone especial empeño en incorporar esos pueblos á su nacionalidad por medio de la ilustracion.

El antagonismo reinante entre serranos y costeños no ha podido ser mas funesto á nuestra patria en los dias de prueba ¿cual ha sido la causa de él? Es, primeramente, una herencia del coloniaje: es, en segundo lugar, la ignorancia de las masas; es, en fin una preocupacion absurda que hace figurarse á los costeños una superioridad que solo puede dar la ilustracion, y por ningun motivo los accidentes del clima, los colores del rostro ¿pues no hemos visto muchas veces, colocados en altas esferas, gozando de las preeminencias de un rango superior á *indios de pura raza*?

Y mal que pese á los costeños, los serranos han dado ejemplos muy superiores de civísmo en la presente guerra; porque hay en esos pueblos *espíritu público*. ¡Espíritu público! ¿Cómo llamais espíritu público al que nace de la exaltacion ocasionada por las palabras de un cura, de un gobernador, de una autoridad ó de cualquiera persona influyente? nos direis. Pero, entendemos nosotros que es *espíritu público* el que funde en una la voluntad de todos, el que auna la aspiracion de todos; el medio que lo provoca, ya es otra cosa. Todos los pueblos del mundo, llámense Francia, Inglaterra, Alemania ó Perú, necesitan una voz que les explique lo que ni el obrero, ni el comerciante, ni el agricultor entregados á las faenas propias de su oficio están en aptitud de profundizar por si mismos; en los pueblos ilustrados una oja de papel es el *profeta* del pueblo; en los pueblos ignorantes, como el nuestro del interior, no hay mas voz que llegue hasta el fondo de su alma, que la que es la primera que resuena en su oido, al recibir el agua del bautismo y la última al ayudarle á bien morir; y la de su autoridad que es su amo y su jefe. Y si ese cura fuera un sacerdote virtuoso y no un comerciante avaro; y si esa autoridad fuese un hombre de conciencia, otro seria el estado de nuestros pueblos.

Al contrario sucede en los pueblos de la costa que, generalmente, no oyen mas voz que la de sus pasiones.

Entiéndase, que al hablar de estos últimos, no lo hacemos respecto de los grandes centros, donde si bien hay aún mucho que desear, siquiera se siente la benéfica influencia de una autoridad, aunque sea mala: hablo de los lugares apartados donde no hay autoridad respetada, porque no las hay respetables, ni ley moral que contenga los instintos de las ignorantes masas; felizmente tiene nuestro pueblo en su naturaleza una gran dósis de bondad.

Las raíces de los pueblos, como las de los árboles se encuentran en sus partes inferiores. Muy débil será el árbol cargado de ópimos y abundantes frutos, ello solo servirá paque por su propio peso se desplome, si no tiene raíces suficientes á que lo sustenten. De nada le sirve á un pueblo la riqueza y feracidad de su suelo, sino para dispertar la avaricia de los *envidiosos* que caerán sobre él como el huracan para aprovechar del bien ageno, si no tiene brazos robustos que lo defiendan. No nece itamos presentar ejemplos, que bien presentes los tenemos.

Toda nacion, para ser tal, necesita obreros para la paz, soldados para la guerra; y ni uno ni otro se consiguen sino en la escuela; ni uno ni otro se obtienen sin la instruccion, porque la ignorancia elimina todos esos estímulos que son el secreto impulso que hace los héroes y los genios, que despiertan en el obrero el deseo de ser maestro, en el pobre el de ser rico, en todos el de elevarse.

¿Es tan difícil, para que hasta ahora no se haya siquiera intentado implantar las escuelas en la sierra? A nuestro juicio, no lo es ni en la sierra ni en la costa; sin embargo, los que gozan de tamaño beneficio, no lo deben ni al zelo de un gobierno vijilante, ni á leyes sábias: lo deben á la buena voluntad de una autoridad local ó al buen sentido de los pueblos. Y ya que tratamos de asunto de tan grande importancia, no dejaremos pasar la ocasion de indicar lo que, á nuestro humilde juicio, conviene para llevar á buen fin tan *fácil* como importante empresa.

Ante todo debe hacerse del *profesorado* una carrera pública, con porvenir tan vasto como los que prometen las mas

nobles profesiones, en lo que en verdad no les cede ésta. Que el maestro de escuela que vá á uno de esos *destierros* llamados *sierra*, sepa que su contraccion y sus desvelos serán debidamente valorizados; que sepa, como sabe un militar al emprender una ruda y peligrosa campaña, que sus esfuerzos no quedarán sin premio; que sepa que su humilde destino de maestro de escuela es el punto de partida de una ruta no desprovista de glorias ni de honores; y, finalmente, no seamos *mezquinos* para con él, para que á su vez no sea mezquino con sus discípulos.

Las autoridades locales de la sierra son, por lo general, tan sumisas á sus superiores, como los índios respecto á ellos: así, el gobierno al nombrar un maestro de escuela y recomendarlo, no solo tendrá la seguridad de que su órden será acatada, sino que el humilde *escuelero* se convertirá en una entidad de importancia en el pueblo de su destino; y si, como suponemos de antemano, es un jóven ilustrado, su ascendiente será de gran utilidad para el progreso del pueblo: un buen cuerpo de profesores puede ser la palanca de Arquímedes del gobierno que quiera trasformar a nuestra patria. No mas dificultades que el gobierno para implantar la escuela, tendrá que vencer la autoridad local para obligar á la asistencia universal.

He aquí, pues, *fácilmente* vencidas dos grandes dificultades; pero aún queda una tan grande y tan vencible como ellas: los fondos para sostener la escuela. Existió una lei con éste objeto; pero la contribucion de fondos para escuelas fué una de tantas *bellezas* que prometieron nuestros gobernantes. Esa misma lei ó una análoga puede servir para el efecto. En fin, el modo y forma de recaudar fondos para tan noble empresa, creo que no será un insoluble problema para nuestros gobermantes que siempre fueron diestros en el arte de conseguir recursos para otros fines.

Advertiremos de paso que en todos los pueblos se cobran las contribuciones de sisa y mojonazgo que darían rentas no despreciables bien administradas, y ademas otras entre las que descuella las de *lomas*; sin embargo raros son los pueblos donde hay escuelas públicas, y en los que las hay sin método de enseñanza, sin gimnasios y sin mas estímulos que

la *jeruta* y el *látigo*, son apénas una fórmula absurda de escuelas para tormento de los niños, que si algo aprenden es á perder la vergüenza.

Implantadas las escuelas primarias en los pueblos, pueden instalarse en las capitales las de Artes y oficios, sin tener que vencer para ello insuperables dificultades; porque pueblos que dán para enriquecer *mandones* darán con mucha mejor voluntad para enriquecer á sus hijos de conocimientos. De éste modo tendrá la Nacion ciudadanos útiles para la paz, aptos para la guerra; y nuestra nacionalidad no tendrá por base de su existencia precaria un redil de ovejas, prontas á tornarse en lobos para devorar á su patria, sino los brazos robustos de ciudadanos que comprenden sus deberes y conocen sus derechos.

El Perú no necesita tanto de abogados, que convierten su ciencia en mercancia en este vasto mercado de la conciencia, cuanto de ingenieros y artífices. Debe, pues, limitarse el número de universidades, que léjos de propagar los conocimientos tienden á restringirlos, y reemplazarlas con escuelas de profesiones mas útiles.

Si sin escuelas el Perú ha descollado por artistas como Ruiz y Montero, y en algunos pueblos del interior el arte del joyero tiene poco ó nada que envidiar al europeo ¿qué será el día en que escuelas bien dirigidas enseñen las reglas de artes para las que tienen tan buenas disposiciones naturales? Pues tampoco deben olvidarse las bellas artes, que en pueblos civilizados no son menos útiles que las mecánicas, por que manifiestan su grado de cultura.

¿Qué más diremos? Si la bella perspectiva de ver á su patria grande y gozando de los fueros de un pueblo libre y civilizado; si el deseo de arrancar á la ignorancia y la barbarie á dos millones de compatriotas nuestros no estimulan á nuestros hombres públicos á verificar obra tan generosa como patriótica, tan grandiosa conquista, será porque nuestra desgraciada patria se halla otra vez en manos de ambiciosos ó negociantes; porque en el interes de los unos y de los otros está el propagar la ignorancia y no la instruccion; porque los dineros del pueblo no bastan á saciar la sórdida avaricia de *los mercaderes del templo*.

¿Faltará mucho para que éstas bellas concepciones ésten en vía de ejecucion? ¡ay! desgraciadamente falta todo el tiempo que un conquistador afortunado tenga su pié de hierro sobre el corazon de nuestra patria. Y mas allá ¿no hay ninguna nube que entolde el ya bien nublado porvenir? si, si los caudillos en cuyas manos quede el cetro nacional olvidan que son los representantes de un pueblo libre para tornarse sus opresores; si, si como en aquellos tiempos en que nos creíamos grandes *cuando solo éramos deformes*, vamos á emplear el producto del sudor del pueblo en mantener grandes ejércitos para asustarnos á nosotros mismos, tantos militares como necesitaría la Prusia para los suyos; sí vamos á hacer del tesoro público *el pan de los ociosos*; si los destinos públicos van á ser la ocupacion de éstos; si nuestras aduanas, que los chilenos sirven bien con la cuarta parte de los que en nuestro tiempo eran mal servidos, van á ser más que guardadas devoradas por una *cáfila* de hambrientos; si nuestros representantes, ganando dietas para engordar al mas debil, van, como ántes, á dormirse en nuestros congresos; si todo ésto sucede, no habrá tesoro que pueda satifacer las necesidades de la Nacion; y mucha ménos habrá para darle al pueblo la instruccion, el pan del alma, cuando habra hasta que quitarle el pan del cuerpo.

Los dos años largos que ha durado el *reinado* de los traidores, sangriento epílogo de la guerra exterior, y cuyo recuerdo, en cuanto se relacione con la raza indígena, servirá tambien de epílogo á las anteriores líneas, han sido el mas horrible martirologio de esa raza. ¡Cuan caro ha pagado el inocente Perú el hospedaje de don Miguel Iglesias en la casa de Gobierno!

Sin tener en cuenta las víctimas inmoladas por los chilenos para *nacionalizar* el monstruoso aborto de Montan ¡que torrentes no han vertido, Duarte, Mas, Vento, Vargas, el sanguinario Yessup con sus ejecuciones en detal y *en masa*! ¿Y qué diremos de Iraola cuya *hidrópica sed de sangre peruana* no sació la de *dos mil indios asesinados á sangre fría*? Parece que aquello no hubiera sido una realidad, sino una

horrible pesadilla ¡tanta sangre, tantas víctimas necesitaba Iglesias para salvar *el honor de su gobierno*.....!

Apartemos de la memoria ese horrible cuadro, y fijemos la vista en el porvenir, cuyo horizonte han despejado los *hijos de la breña*, de esa breña en la que si la bandera nacional fué cien veces abatida, cien veces se volvió á elevar hecha girones á balazos. Háles tocado á los primitivos habitantes del Perú, la tarea mas ruda, pero mas gloriosa en las dos guerras que acaba de sostener el Perú: la de oponer (materialmente hablando) vallas de *carne humana* á torrentes de plomo, como si se hubieran sentido mas peruanos, como, si mas adheridos á su tierra natal, hubiera sido mas difícil, como que ha sido imposible, *trasplantarlos* á otra nacionalidad, ponerlos al amparo de otras banderas, ¡Gloria á esos héroes anónimos, sobre sus tumbas no se lee un nombre propio, pero se lee el nombre de Patria; y esto bastará para que cada peruano, en el porvenir, quiera descansar bajo tan glorioso túmulo. No es estéril la sangre que se derrama por defender la independencia de la Patria, su dignidad y sus leyes: el árbol de la libertad, que ella ha regado, producirá sus frutos.

De esperarse es que el General Cáceres, más *práctico* en lo que concierne á patriotismo que el *trágico farsante* que se tibuló *protector de la raza indígena*; que supo encender en el corazon de los sencillos hijos de los Andes la llama patriótica que nos ha iluminado en la lóbrega noche en que hemos estado, no omitirá medio para hacerlos ciudadanos dignos de su patria.

EL PACIFICADOR.

LA JUSTICIA DE UN SUBPREFECTO.

Como hemos dicho anteriormente, el costeño una vez que hubo cesado todo peligro para su persona, solo pensó en recuperar lo que le habia arrebatado la justicia de Cashcanca, y para ésto se fué directamente á presentar al Subprefecto de la provincia, seguro de que ésta ejecutiva autoridad no desatendería sus quejas, no desperdiciaría la ocasion de ejercer su *zelo*, ni permitiría que el fallo de la justicia (bien que ahora se le cousidere injusto) se ejecutara con todo el rigor de las leyes, porque, como todos sabemos, éstas no tienen enemigos mas encarnizados que sus ejecutores.

Acababa de ser nombrado Subprefecto, don Pedro Lustrado, Teniente Coronel de Infantería del Ejército Peruano, despues de haber estado varios años *indefinido*, razon por la cual su rostro estaba algo enjuto y su vestido harto raído.

Apesar de que hacía muy poco tiempo que estaba al frente de la cosa pública, ésta habia prosperado de un modo maravilloso; véase cómo: por corta providencia se habia hecho entregar los mejores *pastos* del pueblo para mantener las *caballadas* que debian ó podían llegar; habia establecido, que se le entregaran dos carneros diarios para alimento de la tropa, y un *torillo* cada dos dias para variarlo, y mientras tanto que llegaba el tiempo de consumirlos, formó un muy

regular *bollo*, que cebó en los antedichos pastos; y perdiendo sin duda la esperanza de que los consumidores llegaran, lo vendió despues por *cuenta del gobierno*, á quien las rindió bien estrictas (el gobierno era él); de paso advertiremos, que la gendarmería que guarnecia la provincia, solo probaba la carne en tiempo de peste en los animales, en que compartía los despojos con las aves de rapiña; si nó *ni la olía*. Como, tambien para el *servicio público*, necesitara de bestias, tomó las mejores del pueblo, reduciendo á sus dueños á tener que andar con sus propios pies, que para eso los tenían; finalmente, considerando que el numero de gendarmes no era suficiente para el *servicio*, *amarró* 40 ó 50 indios, los que, armados de lampas, asadas y otras armas *terricidas*, á falta de homicidas, labraban tierras para *beneficio del gobierno*; todo ésto despues de haber cobrado las contribuciones atrasadas y olvidadas. Júzguese, pues, si hubiera podido caberle mejor suerte á ésta desdichada provincia; y si sería mal recibido el costeño por una autoridad entregada en cuerpo y alma al cumplimiento de sus obligaciones.

Apenas llega en demanda de justicia y venganza, es admitido y expone sus quejas ante la autoridad superior de la provincia, con tan buen éxito, que esa misma noche parte éste en su compañía, y no bien ha salido el sol cuando alumbra el escarmiento de los salvajos. que continúan insultándose de palabra y apedreándose, sin atreverse á empeñar un choque decisivo ¡Pero á mucho mas se atreven cuando divisan la gorra y el pantalon gransa de los gendarmes! la leva! grita uno, y á esta voz, deponiendo su feroz saña, se confunden en fraternal algazara: unos se precipitan por los peñaderos que solo ellos y los guanacos pueden trafinar, y otros se remontan á las inaccecibles alturas, morada de cóndores y águilas. Dos ó tres descargas cerradas prueban la eficacia del plomo como elemento de órden y de civilizacion. Algunas decenas de indios quedan revolcándose en su sangre sin saber porque mueren ni quién los mata; y el gobernador, cogido por su mula que ha caído víctima inocente del *pacificador*, vá á ser ultimado, cuando revelada su alta posicion en el pueblo y reconocido por el costeño que intervie-

ne en su favor por que sabe que á los muertos nadie les toma cuéntas, ordena el Subprefecto lo reduzcan á prision.

Hace despues su entrada triunfál en el pueblo, y la primera providencia que dicta es, que se tome á todos los ilusos que, por no haberse metido en nada, se creen al amparo de la justicia ¡como si pudiera existir amparo contra un apuesto y marcial Subprefecto! y no escapa ni el juez que marcha á culatazos, entre mas de un centenar de prisioneros; solo faltó el cura para que el ramillete fuera completo. Ordena en seguida que se reuna cuanto ganado se vé en las inmediaciones, y éste espectáculo hace prorrumpir á todos en los mas tristes gemidos ¡bien pronto gemirán con mas razon y ganas! ¡bien pronto el mas justo castigo les hará ver la magnitud de su falta! porque, para medidas, no hay como la *vara* del soldado. Efectivamente, una vez llevado á cabo lo principal, comenzó una azotaina general, que respetando el órden gerárquico, y en acatamiento á su autoridad, dió principio por el señor gobernador. No pretenderémos describir lo que es indescriptible, y solo mencionaremos, como incidente principal, las angustias del señor juez de paz, á quien, como segunda persona, le tocó el turno despues del gobernador; felizmente el costeño llegó á tiempo para salvarlo del fin, que no del principio de la *tunda*, interviniendo en su favor, agradecido á medias por el servicio que á medias le habia prestado éste.

Pero la escena que no hay matices con que pintar, fué la partida de los presos ó *reclutas*, que todo es lo mismo: estropeados, bien castigados, eran condenados á ser *defensores de la nacion*.

El llanto de las ancianas que no podían seguir á sus deudos queridos; las indias cargadas con sus tiernos hijos y sus pobres enseres, exhalando tristes gemidos de despedida al abandonar, tal vez para siempre, sus chozas; y la instantánea muerte de algunas á la violenta explosion del sentimiento, dán á este acto de *justicia*, á la verdad no muy raro entre nosotros, el aspecto de un cautiverio de los tiempos bárbaros. Insensible y severo, como la imágen de la justicia, marcha el Sr. Subprefecto seguido de sus índios y del gran

número de reses con cuyo valor ha de enriquecer las *arcas públicas*.

Quedóse el pueblo solo, como un cementerio, apesar de que los muertos no pasaron de los que quedaron en la *gloriosa jornada*, y una que otra india que no pudiendo sufrir la ausencia ni tampoco seguir á su esposo ó hijos y perdida toda esperanza de volverlos á ver en éste mundo, se fué á ese otro, lugar de cita seguro por opuestas que sean las direcciones que se tomen; tumbas *desiertas* eran sus casas, por que en ellas no habia muertos ni vivos. Solo turbaba el sepulcral silencio el triste gemir de las desamparadas viudas y huérfanos que quedaban invocando una muerte que, tal vez, no permaneceria mucho tiempo sorda.

¿Pero qué se han hecho el cura y los demas afortunados que lograron escapar á las garras de la justicia? Encaramados están en aquellas alturas que solo de léjos es dable contemplar á los estraños, y que al ver gente en ellos no podrían ménos que creer que son hombres de otra naturaleza, ó que se ha descubierto el arte de volar: allí están, al lado de los nidos de los buitres que huyen, abandonando huevos y polluelos, á la invasion de sus hogares, como aquellos á la de los suyos.

Mas hé aquí, que el señor cura se presenta, derrepente, cual un *aparecido* en éste panteon ¿viene á cantar la oracion de los difuntos por los que fueron? No: viene á averiguar por los vivos, ésto es, por el Subprefecto y comparsa, y á.... recoger la herencia que alguno puede haber dejado *á la iglesia*.

Poco despues aparece el señor juez de paz, quien, una vez que le hubo pasado el escozor que, cual un recuerdo ingrato de su escolástica vida, le causó la *vara* la de justicia, siguió, cortando camino por las alturas, al felíz vencedor y a los desdichados cautivos, á ver si podía rescatar alguno de ellos; y así sucedió, en efecto, porque muchas vacas y toros, que eran los *cautivos* por los que se interesaba el juez, se volvieron á su *querencia*, y pudo con ésto ejércer sus caritativas intenciones, y entrar al pueblo, cual otro vencedor, con un precioso *bollo*, que, aunque con diversidad de marcas, pasó á ser propiedad suya. La mayor parte de dichas

reses tenian la marca del Gobernador; pero como éste y su familia corrian cautivos, salvo su hijo que andaba *cimarron* por esos rocallosos mundos, no hubo quien alegara mas derechos que él. El señor cura lo vió con ojos envidiosos; pero se consoló *á la vista de tantos muertos*. y al recuerdo de tantos ausentes que heredar ¡no era poca fortuna haber quedado con vida donde tantos habian dejado el *cuero*! ¡donde quedaba tanto terreno sin dueño y tanto ganado disperso! Como todos los dolores humanos tienen consuelo, he aquí uno benéfico para el señor cura; y como todos los males sufridos por otro, tienen retribucion, bien en éste ó en el otro mundo, hélo aquí bien retribuido, con usura judaica, en su misma tierra.

Considerando, que lo hecho no tenia remedio ni las aflijidas consuelo, dejó descansar á los muertos donde estaban, y no perdió su tiempo en acallar los gritos del corazon de los que gemian yéndose directamente al *grano*. Buscó á las presuntas herederas, y no tenemos necesidad de decir, que el senor cura hizo magníficas adquisiciones..... *para la iglesia* ¡Iban á pensar las pobres viudas y huérfanos en tierras cuando solo la querian para que las sepultara! Cediéronlas pues, muchas para misas y preses por el alma de sus difuntos ó ausentes deudos, que para ellas todo daba lo mismo.

Aunque el senor juez, debido á su humana condicion, nada tenia que ver con los difuntos, no dejó de tocarle una buena parte, debido en mucho, á la precoz astucia de su hijo mayor, que ya daba á conocer sus magnificas aptitudes para juez ¡Pero nada pudo compararse á la espléndida *hacienda* que se hizo el señor cura!

Se hicieron, pues, contratos muy legales, tanto, que no habia ley que pudiera torcer el nuevo órden establecido por ellos; pero, seguramente, esto no constituirá una garantía para quien sepa, que no todas las cosas se hacen sobre la tierra como las leyes mandan. Estos contratos agregaban á su legalidad la inapreciable ventaja de la baratura que jamas hubiera sucedido sin la *bendita ocurrencia* (así llamaba el cura) del Subprefecto.

Por varios días estuvo el pueblo en un estado de alarma contínua: no podía cantar un gallo sin que sus moradores,

tomándolo por un anuncio de *leva*, se remontasen á los inexpugnables picachos á donde parece que solo los cóndores pudieran subir. De día vijilancia estricta, y de noche oido muy atento, tal fué la vida que por mucho tiempo llevaron en paciencia los habicantes del pueblo, inclusive el señor cura que no las habia todas consigo, y el señor Juez de paz, que no se creia exeptuado del servicio militar.

Cabe hacer aquí algunas reflexiones sobre el expléndido sistema *civilizador* de nuestros antiguos mandatarios, el *eficaz* medio de las balas, y la *institucion política del ejército:* sin ellos, en primer lugar, la propiedad no crecería, debiendo subdividirse á medida que aumentara la poblacion, y la prosperidad sería un retroceso. Por otra parte, sin la institucion de ese ejército, la honra del gobierno (ó la vanidad del Presidente) se hallaría expuesta á cada momento y no podria mandar como es debido, ésto es, con energía (lo que algunos, por su dureza, llaman despotismo). Tampoco sería elegido el Presidente de la República por el voto de los pueblos que, no pudiendo acudir en congresos, *acuden en batallones*, á ejercer su soberanía *con toda su voluntad*, gracias al arma que llevan para hacer respetar sus dictados ¡Bendita institucion de los ejércitos *politiqueros*! ¡Benéfica y civilizadora influencia del *plomo y del palo*, más, mil veces que las leyes, la instruccion, la imprenta y demas instituciones creadas por los *liberales!* Sin ellos los pueblos permanecerían inmóbiles; por ellos congregados en batallones se mueven, como por resorte, y defienden la honra y la vida del gobernante dando *palo* y muerte á los gobernados.

COMO CUMPLE CON SU DEBER UN SUBPREFECTO.

Regresó el Subprefecto á la capital de su provincía, y entró, cual los antiguos capitanes de Roma, seguido de cautivos y despojos de guerra; y si, como aquellos, no se ciñó la corona de laurel, no fué porque no la mereciese, sino por la

ignorancia ó las costumbres del pais, ó porque el mismo ignorase que existía tal galardon. Pero eso no menguaba la gloria que había conquistado (como muy bien lo decia en el parte que pasó sobre los sucesos narrados), sometiendo al órden al pueblo amotinado ¡Al órden, cadena que hoy por más que nos remachan no deja de agitarse! (1) Aparte de esto, el mas exigente podía valorizar el mérito de su empresa contando el ganado que ella habia producido.

Durmieron esa noche *los soldados de la Nacion ó voluntarios á lazo*, bajo una temperatura que no se puede concebir en semejantes alturas, debido á la estrechez de la cárcel, que sin duda no habia sido construida como es debido; lo que sugirió en la mente del Subprefecto, *desfacedor de entuertos mal hechos*, en prevision de los desórdenes que en adelante podian sobrevenir, la idea de ensancharla hasta donde pudiera dar cabída á las nueve décimas partes de la provincia, que se constituian en delincuentes cuando el *servicio público de la chacara* lo hacía necesario; luego verá el lector que admirables disposiciones dictó para hacerla capaz de guardar tan crecido número de huéspedes.

Mientras los desgraciados cautivos, ó *voluntarios*, acostumbrados á llenarse los pulmones del mas puro aire, se ahogaban aspirando su propia respiracion, el Subprefecto daba cuenta al Supremo Gobierno, en un pomposo parte por el estilo de los de la gloriosa campaña *pacificadora* y á más *regeneradora, de los méritos que había contraido, talentos que había desplegado y heroismo que había ostentado para vencer* á unos "que, segun decia el mismo, *cobardes huyeron* á la primera descarga." Luego se ocupó en impartir las ordenes convenientes, distribuyendo las horas de instruccion de los nuevos soldados, órdenes que siempre se comunican del modo siguiente: las recibe, en primer lugar, el ayudante de él que las dicta, y éste las comunica al Sub-ayudante, quien las trasmite al primer jefe del cuerpo y á su vez éste al se-

(1) Estas líneas fueron escritas cuando gobernaba D. Miguel Iglesias, el aprovechado discípulo del Protector de la *raza indígena*.

gundo, tercero, etc. y sub-ayudantes del mismo, por cuyo medio llegan al capitan, y por un procedimiento análogo al primer teniente, y asi, viniendo por el conducto regular, conducto que no deja de ser un embudo, llegan por fin al ejecutor que es la *vigésima* persona, dado caso que el destino no esté dotado del suficiente número de empleados, que estando bien servido, es difícil lleguen á su destino; y á esto atribuyen algunos el que la mayor parte de las leyes no se cumplan. Las órdenees emitidas por el Subprefecto, en lo que respecta á los reclutas, consistían:

1. En emplear la mayor suma de rigor para disciplinar la tropa;

2.° Que se la instruyera pronto y

3.° Que, sin perjuicio de la rápida instruccion, no se le fatigara con un ejercicio exesivo, y que empleando dos horas diarias en aprender el manejo del fusil y en *aguantar palo*, el resto del dia lo dedicaran al *descanso*, y para que la monotonia no los aburriese, lo *amenizaran* labrando las *tierras públicas*, para lo cual ordenó, tan luego acabase el ejercicio, los entregaran á un *agregado* de la Subprefectura (que era su mayordomo particular, *á cuenta del Estado*).

Concluyó dictando un bando por el que se obligaba á todo el mundo á contribuir á la edificacion de una nueva cárcel, bando de largos considerandos, que penaba á sus infractores con una fuerte multa al arbitrio del Subprefecto, y si no tenía con que pagarla, con su incorporacion á las filas del ejército; pero que, con ménos palabras y mas claridad, podia expresando diciendo: *será ahorcado todo aquel que no traiga la cuerda para que lo ahorquen.* Siendo éste bando ley terminante, sin mas plazo para su ejecucion que el *improrrogable* de la *fecha*, no fueron pocos los que, por ausencia ú otras causas agenas á su voluntad, incurrieron en la falta tan sabiamente prevista, y sufrieron la pena decretada, perdiendo unos lo más florido de sus ganados y sembríos, y otros su libertad.

Despues de haber cumplido sus obligaciones ese dia, se acostó el Subprefecto, que rendido estaba, en un mullido lecho, mas que el que por espacio de varios años habia disfrutado ¡con qué deleite no saborearía éste bien cada vez

que se acostaba al recordar los malos tiempos pasados! ¡Y se iba á acordar, y si se acordaba á compadecer, de los que amontonados, dormían en la cárcel, él, que tantas noches había dormido entre montones de delincuentes políticos!

Se lavantó al siguiente dia al golpe de diana, pues no se crea que su larga *indefinida* habia desarraigado sus hábitos militares: vió si sus órdenes se cumplían como las había impartído, y satisfecho de ello, una vez que recibió el parte de *diana*, que subiendo vino por la escala que ya conoce el lector, se entregó á las diarias tareas que le prescribian sus *obligaciones* y que consistían:— 1.° en ir á ver sus ganados, quiero decír los del Estado; 2.° vijilar las chacaras del *mismo*; 3.° averiguar si habia alguna multa que imponer ò contribucion por cobrar, y por último en fin, ejercer suma vijilancia para que en las arcas *pùblicas* entraran todos los reales que cayesen y de ellas no cayese ninguno, de tal modo que no se desperdiciara una gota de las tantas fuentes de prosperidad, que ninguno como el ojo del indefinido puede descubrir; ojo tanto mas ejercitado cuanto mayor haya sido el tiempo pasado al borde de la *fuente pública* sufriendo, como Tántalo, el suplicio de morir de sed sin poder aplacarla con el agua que por los labios pasa.

Ya suponemos al lector, lleno de curiosidad, preguntando: ¿qué escuela de *sabiduría* es la que dá tan buenos servidores á la *cosa pública*? y vamos á satisfacerlo; pero ante todo ¿sabe porqué esa *cosa* se llama *pública*? Muy diversas son las opiniones á este respecto: dicen unos que se llama así, por que es de todos, á lo que arguyo yo, que será de todos ellos por que lo que es mía, miente quien lo diga, aunque sea el oráculo *Adulino*. Me inclino más bien á la opinion de los que creen que su nombre proviene de que es *vendible*, y afirman que ultimamente la compraron *los ingleses de la América del Sur*; sea de ello lo que fuere no me meteré en honduras de esta naturaleza; acaso se juzgue *demasiado interés* el que me tome por ella con tanta mayor razon cuanto que quien la *comprò la arrendó*, y que el *arrendatario* es el ..... mas zeloso defensor de *su propiedad*.....

UN MILITAR MODELO.

Si hemos dicho que los señores de la «Trinidad» eran buitres tenemos que desmentir nuestro aserto, pues no pasan de *gallinazos basureros* si los comparamos al único buitre que se *arrastra* por los Andes que es el Sub prefecto; su esfera es en el mundo andino una esfera celestial, por mas que en palacio no pase de la de un reptil rastrero.

Ya nos hemos ocupado sumariamente de este invicto personage, de sus hábitos, inclinaciones y costumbres: vamos ahora á narrar su vida para conocerlo bien á fondo, y mas que todo, porque personaje de tal categoría, no debe ser olvidado por la *prensa*.

Años hacía, un pacificador regenerador ó que se yo qué, se habia presentado con todo el brillante cortejo de costumbre y las *buenas intenciones* de todos: «aquí estoy yo, había dicho, regenerador y reformador del Perú», y luego por modestía habia agregado: «si os dignais ayudarme, porque si no, no soy un Cristo & &». Su inspirada palabra (ó la del que se la *sopló*) fué oída ¿quién no había de ayudarlo á subir, y dar digno destino á los bienes patrios, *repartiéndoselos*? Entre los muchos á quienes conmovió el generoso aliento de ese hombre se contó Lustrado, jóven aun, pero con todo el olfato de las aves de rapiña ¿creereis que sentó plaza? ¡qué! ¿soldado? eso está bueno para los *cholos*: no debió sus ascensos á la fuerza de su brazo, sino á las debilidades de una hermana, por cuyos empeños, y por las brillantes cualidades que la adornaban, á ella, fué hecho oficial, como si tal lo hubiese parido su madre. Leía *mascadamente*, y escribía bastante mal; pero sabía *perfectamente* dar una cueriza soberana al que *chistara* de S. E. y cuando éste se presentaba hacer reverencia como las que hacen los sacerdotes ante el altar; en fin: sin devanarse los sesos ni quemarse las pestañas, se labró una brillante posesion, que duró tanto cuanto las gracias de su hermana; y entró triunfante á Lima; venció en muchas batallas que vió de competente distancia y en poco tiempo ascendió hasta Sargento Mayor; y era como todos los oficiales de ese ejército, un leon dispuesto á devorar á cuan-

tos no vistieran insignias militares; finalmente, llegó hasta ser *edecan* de S. E. ¡pero todo pasó como un sueño!

Un nuevo *protector ó regenerador amarró* unos cuantos *cholos*, los vistió de soldados y se encaró con él que estaba arriba diciendo que era el elegido por los pueblos, lo que no quiso creer éste y vinieron á las manos. Y al acercarse á Lima dijo el *entrante*: «Llamado por los pueblos, vengo, no estimando en nada mi vida ni mi bien estar, á libraros de la tiranía que os agobia; la invencible falange que me acompaña bien pronto habrá vencido el último baluarte de nuestro enemigo y roto vuestras cadenas en la histórica ciudad.

«Soldados del ejército enemigo: tiempo es ya de que abrais los ojos; tiempo es de que los sanos consejos de la razon os hagan comprender qne la sangre que vais á derramar es sangre hermana (y ¿no lo sería al que él derramaba?); la patria no olvidará vuestro *sacrificio y adhesion*».

Tan patriótica proclama llegó á oídos de Lustrado ¿sería ella lo que *tan fiel* lo hizo? Tambien oyó ciertas..... proposiciones y vió las *valerosas* legiones de su protector, huir ante las del nuevo caudillo; y vió á éste á las puertas de Lima y ¿qué hago? se preguntó, contemplando de reojo á su bien hechor en peligro» este se viene abajo, y si con tiempo no me agarro, pierdo *soga y cabra*. Y para *agarrarse* bien, fingió ardimento patriótico y eligiendo un momento en que podía ser oido por su Exelencia, desahogó su indignacion contra los *traidores* á la patria y los infieles al gobierno, que eran los pasados. Su conducta mereció elogios; servidor tan *fiel* no fué olvidado y al aproximarse el trance decisivo, se le encomendó el mando de un medio batallon, cuyo jefe se había pasado con la otra mitad y la *caja del cuerpo*.

Ya está nuestro mayor al frente del enemigo, guardando un puesto de honor y de peligro; ha jurado que el enemigo si pasa, pasará sobre su cadáver y los de sus soldados; pero tal no sucederá, por que para evitar tan fatal extremo, tan copiosa efusion de sangre, él se pasará al enemigo. Efectivamente, lo que hablaba á la luz del sol en voz alta, no era lo mismo que de noche cuchicheaba á hurtadillas ¡lances del oficio!

El dia del combate, el enemigo recibió órden de no hacer

fuego sobre la posesion defendida por el mayor, y éste ordenó á sus soldados romperlos á derecha, izquierda y retaguardia, pretestando que el enemigo habia flanqueado, luego se escondió tras una tápia, su tropa se dispersó y el gobierno al que defendía dijo *amen*; y su *protector* se fué, si bien con la bolsa bien repleta lleno de pesadumbre, por que dejaba, eso que el vulgo llama *troncha*, que algo bueno debe tener cuando tantos la apetecen.

Y preguntaremos ahora nosotros ¿quién ganó la batalla? peruanos; y ¿quién la perdió? peruanos; y en éste juego de gana y pierde tantas veces repetido, lo que ganó y lo que perdió el Perú puede reasumirse, en unos cuantos centenares de peruanos muertos, que no se precavieron, como los *sabidos*, y se quedaron en el camino de las balas que es el de la muerte. Pero el nuevo libertador ó reformador entró á Lima y se clavó en la silla; y el pueblo sorprendido preguntaba ¿cual es el tirano? ¿cual es el libertador? y no se arguya contra su ignorancia: él se divertía ¿qué le importaba lo demas? Pero el hecho es, que éste sediciente electo de los pueblos y que solo habia sido elegido por unos cuantos *lagartos*, se aferró á la silla y no se acordó más del pueblo.

Tal es la primera página de la vida del mandatario que nos ocupa.

El modo como el gobierno *entrante* correspondió sus importantes servicios, lastimó profundamente su corazon, mostrándole la ingratitud de los hombres de estado. Despues de haber tomado parte tan *decisiva* en la victoria ¡fué olvidado! ¿qué se hicieron las brillantes presillas? ¡ay, cual si fueran de oropel, ya no brillan! ¿qué los soberbios caballos de otros tiempos? ¡esos tiempos pasaron más que á caballo! ¿dónde están las gracias de su hermana que no vienen en su auxilio? ¡se quedaron en los campamentos enganchadas en las bayonetas ó huyeron, de ellas aterradas! y ¿qué las generosas ofertas ¡oh, ingratitud, se olvidaron! Se olvidaron, sí, y Lustrado se vió obligado á ser, por largo tiempo, *vago de palacio*; es decir vago sin oficio ni beneficio, por que tambien los hay con ellos; siquiera hubiera *salvado* la caja del cuerpo! pero otro más *previsor* lo hizo á tiempo. Todas las ilusio-

nes de su juventud (no amorosas ni espirituales por cierto) se desvanecieron! él, que se había sentido halagado por la esperanza (y tambien por la realidad) de lucir flamante espada y lustrosos galones en..... las formaciones, comer bien, beber mejor, en fin, pasar una perpetua *buena vida*, sin temor á las balas, porque conocía los lugares donde no hieren ¡todo lo había perdido! El pobre Lustrado, doblemente pobre porque se hallaba sin *medio* y sin esperanza de tenerlo, no podia conformarse con su situacion ¿cómo habia sido olvidado? Del modo mas sencillo: como la *vaca á la que mamaba* daba tanta leche, permaneció más tiempo del necesario en la incertidumbre que lo perdió; y si al fin se resolvió á pasarse, lo hizo de un modo *tan disimulado* que sus servicios le valieron igual paga por ambas partes: la ingratitud; los *caidos*, sus antiguos compañeros, lo tachaban de traidor; los *erguidos* de adicto al antiguo órden de cosas; en vano él, con su asidua concurrencia á Palacio, donde echaba largas siestas, trataba de probar lo contrario, de convencerlos de su error: persistían en él; en vano fué que llegara á decir, públicamente, que el dia del combate las únicas víctimas de su *valor* fueron sus compañeros; que las descargas que oyeron habian sido, no á su frente, sino á sus flancos y retaguardia: no le creian porque estaban muy convencidos de que el triunfo se debía á su valor exclusivamente; y otros, aunque conocian el *importante* servicio que habia prestado á su causa, fingian ignorarlo ¿por no recompensar la traicion se creerá? no, que ella ha sido elevada á la categoría de *virtud* por una *Asamblea*: por que se hacían éste razonamiento: "cuantos ménos haya más mamaremos».

Pero la gota *orada la roca* y la constancia todo lo vence ¡por fin volvió á lucir el sol de los galones para él! Volvieron a lucir, si, aunque sobre un *marimacho* harto raido: fué destinado á la gendarmería de una remota provincia, donde esperaba que algunas *comisiones* le proporcionaran medios para cambiar el *marimacho* por dorada casaca al mismo tiempo que acabar de perfeccionarse en la *táctica sublime* de éstos militares, es decir; con todo el aparato para hacer un bien ó para hacer justicia, practicar precisamente lo contrario.

Pero, para su mal, habia sentado sus reales en aquella remota provincia, una *tríbu nómade* de militares, cuyo jefe era el Sub-prefecto, compuesta de unas cuantas docenas de coroneles, tenientes coroneles, sargentos mayores &, &, todos estrechados por los lazos de la sangre ó por los de la amistad, y que constituian el cuadro de un batallon del que, deduciendo los *peones* de la *hacienda* del Subprefecto y los necesarios para que cada jefe ú oficial y su familia no careciesen de cocinero, sirviente &, &, quedaban 15 ó 20 soldados por efectivo *real*; no obstante, todos pasaban revista. Con ésto comprenderá el lector, lo bueno que era la *escuela* en la que perfeccionó Lustrado sus conocimientos *tácticos*, y agregaremos á lo dicho, por vía de detalle, que en ésta *tribu* cada cual ejercia su industria grátis, ésto es sin trabajar: cual era minero, cual comerciante en ganados ó en trapos.

Abonaba el Gobierno el sueldo de los soldados y el valor de un vestuario cada seis meses; pero como la *cosa pública* estaba administrada con tanta economía, ellos solo recibian unas cuantas varas de *jerga* cada año, y en cuanto á sueldos, todo quedaba á cuenta de las *buenas cuentas* que habían recibido en *coca*, *aguardiente* &, &, y con ésto, y un poco de maiz ó trigo para matar el hambre, quedaba la tropa *bien pagáda*, el Estado bien servido y la bolsa del Sub-prefecto y sus parientes bien surtida.

Si á las entradas que su *industria* les proporcionaba se agrega el sueldo, en lo que, por supuesto, no se incluyen las buscas, se convendrá de que era una bonita posicion y más bonita aun la renta de esos oficiales.

Fué éste *poderoso* cuerpo de ejército el que le tocó ir á engrosar á Lustrado, y si por lo anterior, parecía halagadora la perspectiva que se le presentaba; muy al contrario sucedió; por que desde que se incorporó se captó la malquerencia de todos, sea por que fuera uno de aquellos séres por naturaleza repulsivos, ó porque no les agradara ver en otros lo que tan bien les sentaba á ellos: las presillas; pero eran éstas nada más que causas accesorias; la principal era el no ser de la parentela, de suerte que á más de mal mirado era mal tratado; y las comisiones dificiles le eran siempre encomendadas y nunca aquellas que no solo dan honra sino *provecho*, como

por ejemplo cobrar contribuciones; pero para apreciar la *finura* de nuestro Mayor, baste decir que aun en aquellas comisiones obtuvo sus *busquitas*, porque de todo trapo se sacan hilachas en ésta santa tierra. Pero no se satisfacía Lustrado con eso, y lo que á un militar ansioso de distinguirse hubiera colmado de júbilo á él lo llenaba de..... miedo ó de cólera; no le faltaba razon para ésto último, por que todas las *glorias* que conquistaba iban en abono de la *familia*, y él se quedaba sin *laureles*, y no merecia ni un ascenso, ni siquiera una mension honrosa; y ésto lo probará mejor que nada la *campaña pacificadora* que vamos á narrar, en la cual desempeñó nuestro héroe el papel principal, no obstante lo cual, solo ganó algunos realejos, y ningun ascenso despues de haber sido el que más tuvo que luchar con el enemigo comun: el miedo.

Es el caso que en una fiesta, en un pueblo algo distante de la capital de la provincia, un comisionado de la Subprefectura tuvo la peregrina ocurrencia de aprovechar de la borrachera pública, para apoderarse de las jóyas de un altar que la devocion del lugar había levantado á no sé que Santo al aire libre. No era por cierto una fiesta ocasion a propósito para semejante azaña *pacificadora*, y sucedió que, doblementes irritados los indios por la indignacion y el aguardiente, con un poco de razon y un mucho de salvajismo, le dieron un castigo ejemplar, tremendo: convirtiendo al pobre comisionado en una proyeccion humana, trasformandolo de *cuerpo sólido* en *cuerpo plano*. Informado el Sub-prefecto no lo pensó ni tardó mucho en dar órden para un castigo tan severo como lo merecia la falta; pero si le costó el encontrar quien ejecutara la órden de exterminio y saqueo universal que había impartido *para castigar á unos cuantos*.

Dirigióse primeramente á uno de sus primos, coronel; pero éste le contestó manifestando sorpresa, estupor. !Yo! te has cansado de mí? ¿por qué no me mandas fusilar mejor?

Y sucesivamente fué dirigiéndose á cada uno de los miembros de su parentela, por que quería que la *gloria* quedara en casa; pero todos le daban la misma respuesta, todos mani-

festaban la misma sorpresa; y tenía que hacer grandes esfuerzos para borrar las huellas del resentimiento que ocasionaba á sus parientas y amigos con solo proponerles la expedicion.

¡Pobres mis hijos! decía uno.

¿Quien le dará que comer á mi mujer? otro.

Excusado nos parece decir, que entre parientes y amigos las leyes ni la ordenanza tienen aplicacion.

El Sub-prefecto, que sin duda había hecho más campañas *pacificadoras*, se empeñaba en probarles que allí no habia que hacer más, que fusilar á medio pueblo, sin temor ni escrúpulo ninguno, y arrear con los ganados ¡pero vaya V. á convencer á quien tiene miedo! En vano, les decía que al mandar á sus parientes y amigos era por tener un motivo para recomendarlos, á lo que contestaban ellos: no sabíamos que se necesitaba exponer á un pariente ó amigo para servirlo; y el Sub-prefecto, que nada temía como sus reproches, y temblaba á la idea de dejarlos resentidos, se volvía á deshacer en explicaciones: «yo no digo que vayan á hacerse matar: llevense á Lustrado y lo mandan por delante; y si, como dicen, no hay nada sério que temer, entran, castigan *dignamente* á los rebeldes, arrean los ganados y asunto concluido».

Valgan verdades, el Sub-prefecto era muy *veterano*, pero si no se ponía al frente de la expedicion era por que tambien tenia un *miedaso*.....

¿Qué clase de militares eran esos? Se preguntarán algunos lectores; y no podrán darse más respuesta que ésta: cosas de novela. Pues es el hecho, que si los militares por lo general y lo natural anhelan y buscan los peligros, no sucede *generalmemte* lo mismo aquí, donde muchos entran á la carrera solo en busca de presillas ó por matar el hambre; y como saben que la *gloria no se come*, en vez de ocasiones para distinguirse, buscan recomendaciones. Por eso es que hemos visto tantos, que léjos de agruparse al rededor de nuestro estandarte, para defender la Patria y sus fueros. prefirieron, nuevos *Condotieri*, un amo *extrangerizado*; por eso es que hemos visto tantos mas deseosos de campañas *pacificadoras*, que de las de la integridad y dignidad nacional; y por eso es que, así como otros se hubieran disputado el ir á sofo-

car un motin, aquí disputaban por no ir al teatro de una *borrachera*.

Al fin logró convencer el Subprefecto á sus parientes que nada se exponían á perder, y podían ganar mucho, llevándose las *glorias* de la expedicion, á costa del..... *miedo* de otro.

En consecuencia salió al siguiente día la expedicion, compuesta de primos, tios, sobrinos y amigos (especie de cadena que ha entravado los pasos del progreso y la libertad en el Perú); iba ademas Lustrado y 50 individuos de tropa y paisanos.

Desde el momento en que avanzaron un poco tomó el jefe todas las disposiciones conducentes a evitar una sorpresa de parte del enemigo (el enemigo de que en adelante se trata es el *miedo*), disposiciones que se limitaban á enviar á Lustrado por delante, quien tenía que obedecer *haciendo de tripas corazon*, porque, como no era pariente, la ordenanza, que tantas consideraciones guardaba á los otros, podia reservarle una sentencia de muerte ó cuando ménos una destitucion.

Era el segundo día de marcha: acababan de atravezar un pueblo: Lustrado iba á unas 10 cuadras adelante y por consiguiente las precauciones estaban bien tomadas; pero cuando el enemigo contra el cual se combate es el miedo no hay nada que valga. Un poeta se hubiera detenido á medio camino á cantar la belleza del país que atravesaban, y el mas prosaico viajero no hubiera dejado de admirarlo; pero para nuestros expedicionarios no habia sino para sustos: el murmullo de los arroyos y el ruido del aire entre el follaje era objeto de sobresaltos, y el canto de las aves les parecía el silbido de las balas. La soledad era completa; ni en el pueblo ni en el camino habia alma viviente, por que es tal la confianza que inspira la fuerza pública encargada de guardar el órden y los intereses de los ciudadanos, que todos huyen de ella como de una pandilla de malhechores. Pero de-rrepente toda aquella soledad y todo aquel silencio de la naturaleza despareció [para ellos] y fueron víctimas de la mas estupenda sorpresa que registran los anales militares, inclusive las hazañas del *Caballero Manchego*: un sonido prolongado se dejó oir, sonido que causó tal impresion en el ánimo de los expedicionarios, que suspensos se quedaron; sin duda hu-

bo alguno que, con espíritu más sereno, no se equivocó, y comprendió, que si sorpresa había, no sería para ellos; pero he aquí que cuando se hallaban en lo mejor de su miedo, sosteniendo una batalla tremenda entre éste que les mandaba retroceder y su deber avanzar, sienten el galope de... una partida sin duda, y el jefe ordena la audaz maniobra: "por cuatro media vuelta, como puedan corran" con el ejemplo, se entiende, porque loque es voz, no la tenía ni para implorar al cielo; y todos, como él, vuelven riendas y parten como un rayo sin la menor vacilacion, sin pensar, sin acordarse que atrás queda Lustrado con sus compañeros, juzgándose ya víctimas del feróz enemigo. Pero á la verdad, la única víctima (si así puede llamársele) fué una felíz ó infelíz burra que se habia hecho blanco de los amores de un *rocin;* y el prolongado toque de clarin que habian oido, no fé u otra cosa que el rebuzno con que el asno se habia animado y el tropel, la carrera de él tras ella, que huía, por que hasta en los animales sucede que las hembras fingen huir de los machos.

Quedaron el victimador y la víctima muy tranquilos y continuaron pastando, sin saber que su felicidad había causado la eterna desdicha de gran número de infelices. Pues es el caso que el jefe de la expedicion al penetrar nuevamente en el pueblo que ya hemos mencionado, viendo que la gente había vuelto, tranquilizada porque ya los soldados se habían ido, mandó cargar y romper los fuegos; de la que solo salvaron los que tuvieron pies ligeros para huir, esto es: los hombres y los muchachos, y perecieron los que no: los ancianos y los niños. Vencido facilmente éste (que ellos llamaron) obstáculo, continuaron su *valerosa* fuga, sin tener tiempo para arrear los ganados, mientras los del pueblo hacían por su parte otro tanto.

Veamos ahora lo que había sido del Mayor Lustrado. Sin tener que *combatir* más que al enemigo comun (el miedo,) continuó siempre adelante creyendo que lo seguían sus compañeros. Hácia la tarde hizo alto y esperó, y viendo que no llegaban el miedo empezó á tomar proporciones en él; pero cuando cerró la noche ¡qué angustias las que experimentó! No le quedó duda de que sus compañeros si no huido habían sido víctimas del enemigo, y muy pocas le queda-

ban de que pronto lo sería tambien él. Los soldados, en vista de lo que pasaba por su jefe, no tardaron en ser víctimas del mismo miedo y agrupáronse todos juntos á deliberar lo que convenía hacer. Si ésto era opuesto á la disciplina muy conforme lo era con el instinto, porque si ante la ley no eran iguales lo eran ante el peligro ¿qué hacer? nadie lo sabía. La desorganizacion empieza á cundir en la pequeña tropa: un soldado se levanta, arroja su fusil y se manda cambiar: varios lo imitan El mayor, considerando que la *magnitud* del peligro aumentaría cuanto menos fuese el número de soldados que tuviese que oponer, se pone á suplicarles en todos los tonos que no lo abandonen, y al fin logra probarles que si ván solos los ultimarán: solo el miedo, que no la disciplina, los hizo permanecer fieles á su jefe.

Por fin amaneció el siguiente día, tan sereno como el anterior; Lustrado con el mismo miedo, y los soldados algo tranquilos. Pacían los ganados en los pastales y nada presagiaba una tormenta parecida á la que su miedo les habia hecho ver la víspera. No tardaron mucho en marchar y desfilaron en medio de un silencio que no era el de la muerte, sino el del miedo; miedo de los soldados al pueblo y miedo del pueblo á los soldados. Encaramados en su breñas veían los paisanos el desfile de sus tremendos mandatarios.

En los primeros momentos, Lustrado solo pensó en su vida, que creía en tan grave peligro; pero conforme iba avanzando, se convencía de que el *susto* era mayor, y empezó á mirar con ojos envidiosos los ganados, que eran los únicos séres vivientes que no se habían asustado con la proximidad de la fuerza pública. Cuando avanzó un poco más, vió que realmente no había ningun peligro, y se explicó la ausencia de sus habitantes por la misma causa que había ahuyentado á sus compañeroe; y aprovechando la ocasion y el tiempo que le quedaba empezó á arriar con cuanto ganado pudo haber á la mano. Tenia ya una gruesa cantidad, cuando llegó al pueblo *víctma del susto* de sus compañeros la víspera, y al ver cadáveres por todas partes, juzga que es el lugar del peligro, y renaciendo con mas fuerza que nunca su miedo, abandona reses y parte á escape, lo mismo que sus soldados que en esta clase de *empresas* no vacilaban en seguir el ejem-

plo del jefe. Solo cuando estuvieron á regular distancia del sitio fatal contuvieron un poco sus cabalgaduras por temor de que reventaran y los dejasen á pié; y cuando estuvieron á mucha se detuvieron: al ver el sepulcral silencio, la soledad que reinaba y al recordar que los cadáveres que habían visto, por ser de ancianos, mujeres y niños parecian mas bien de fugitivos que de combatientes, se explicó lo que pasaba: que los pueblos huían de ellos con tanta precipitacion como ellos del pueblo; que se tenían mutuamente un miedo tremendo. Y entonces, cobrando brios, quiso regresar, pero ¿quién iba á acompañarlo? Los gendarmes no quisieron creer que antes habían huido de puro miedo ¡si habían visto correr á su jefe! Y mal de su grado tuvo que perder Lustrado *su ganado*; pero como el camino era aun largo, no entró con las manos vacías á la capital, á donde llegó con la esperanza de recojer los laureles de la campaña.

Y sin pensar que esos laureles tenían dueño, pasó el pomposo parte que se usa siempre que se quiere aseverar lo que no es: habló de los peligros y riesgos de la expedicion, de los sérios obstáculos que habia tenido que vencer, *cortado*, como quedó, por los enemigos; encomió, la disciplima y ensalzó el heroismo de su tropa. Con ésto pensaba obtener algo; pero no recibió ni las gracias; por que el jefe, cuyo parentezco con el Subprefecto le daba más *derecho* á la gratitud nacional, á ser héroe y táctico consumado, le arrebató sus glorias con el siguiente parte:

"Honrado por US. con el mando de la division que marchó á someter á los rebeldes, me puse en marcha sin dilacion alguna. Bien pronto penetré en territorio enemigo y comenzaron á cruzarse los obstáculos en nuestro camino y nosotros á vencerlos. No se ocultará á la penetracion de US. la gravedad de estos obstáculos, lo que espero hará presente al Supremo Gobierno, á fin de que sea debidamente reconpensado el mérito de los abnegados y beneméritos jefes cuyos nombres adjunto.

Hasta éste momento los obstáculos, á pesar de su gravedad, habian sido vencidos merced al heroismo de la division; cuando he aquí que, despues de atravezar el pueblo N., el enemigo nos prepara una formidable emboscada. Rodeado

por todas partes, se trabó un combate encarnizado que nos proporcionó un brillante triunfo, y lustre para las armas nacionales. Sin embargo, no creí prudente pasar adelante, pues nuestra fuerza se habia debilitado con la ausencia de la que mandaba el mayor Lustrado, cuya conducta espero esclarezca US. para que no queden impunes actos de insubordinacion y cobardía. Este jefe marchaba á la vanguardia, y no solo no regresó á comunicar el peligro, sino que huyó del sitio de él.

Adjunto á US. la relacion de los muertos habidos en la accion (recordaba el nombre de los dispersos) y tambien la de los jefes y oficiales que se han distinguido en esta campaña (ponía los nombres de los parientes y amigos); y sobre todo, vuelvo á recomendar á US. la conducta del Mayor Lustrado."

Si éste suceso (el falseamiento de la verdad) causó escandalo, fué en la reducida capital de la Subprefectura; y si aun allí no lo causó mucho, fué porque entre nosotros la *cosa–pública*, mas que atencion, nos merece indiferencio.

El amor propio de Lustrado clamaba reparacion, y en vano intentó hacerlo con un parte que si no verdadero, se aproximaba más á la verdad. Decia entre otras cosas: «que mientras aquel se retiraba en vista de los peligros, él, no viéndolos, aunque no ignorándolos siguió adelante». Ciertamente que conduciendo éste parrafo al terreno de la crítica, se podría sacar en deduccion, que cuando el Mayor Lustrado no vió peligro no lo hubo ni remoto. Continuemos extractando tan importante documento:..... «sorprendido al ver que no llegaban las fuerzas cuya vanguardia era las mias; y en vano esperé toda la noche. Sin duda los rebeldes que se habian acobardado con la *division*, se reanimaron al ver la retirada de ella, sin causa que me lo explique, y se preparaban á caer sobre mis débiles fuerzas, á las que hubieran destruido si maniobras hábiles y felices no me hubieran sacado de tan difícil trance.....» Con ésto y lo que mas abajo agregaba: «.....lo que no me explico es, donde podía ocultarse una emboscada, ni tampoco como lo hicieran en él teniendo posisiones mucho más á propósito», había lo suficiente para que quedara condenado en el *tribunal de la familia*.

Se pensó primeramente en someterlo á juicio; despues en

mandarlo con su *barra de grillos* y su respectiva recomendacion al Prefecto; pero para ésto, como para lo primero, aunque no fuera difícil forjar la falta y sus pruebas necesitaban la certidumbre de que su fallo no quedaría burlado, como tantos otros; no contaban con la buena voluntad del Prefecto, es decir, con su complicidad. Se pensó por último en lo que creyeron más cuerdo, que era pasar el parte de lo ocurrido al Ministerio de Gobierno, mientras, por otra parte el Sub-prefecto escribiría una carta semi-oficial y semi-confidencial á S. E. Para arribar á éste resultado, tuvo el Subprefecto que vencer el empeño de sus parientes y amigos que querian que la ruina del Mayor fuese en el día; y los convenció haciéndoles ver que Lustrado era *muy buen gallo*; y que lejos de perdido podía salir salvo y elevado por su culpa; lo último bastó para que disistieran ver elevarse á otro! jamás Esto que en lenguaje vulgar se llama envidia, y en politica con el romántico nombre de pasion, es lo que ha inspirado las buenas y malas obras de nuestros partidos y hombres públicos: por eso es que los males quedaron hechos, y los bienes no nos reportaron ningun bien.

Quedó pues Lustrado entre *dos luces*, como se dice vulgarmente; pero como en el Perú siempre hemos tenido una revolucion hecha y una revolucion en ciernes, su situacion estaba enteramente acorde con nuestro modo de ser politico.

Efectivamente, los síntomas de revolucion se dejaron sentir y el gobierno empezó á temblar, cosa frecuente en éstos climas terremotales; y mientras que el Sub-prefecto y sus parientes urdian la trama que debía perderlo, Lustrado hacía lo propio por su parte, tanto por el resentimiento que dejamos referido, cuanto por qué ya se cansaba de ser sargento mayor. del destino subalterno que desempeñaba: era tiempo de que, siguiendo su carrera ascendente ocupara una Prefectura ó Subprefectura cuando ménos.

Así es que cuando oyó decir que las nubes de una nueva tormenta revolucionaria aparecían por el horizonte, para evitar retardos fatales, como el de la vez pasada, trató de estar listo para el momento oportuno.

Había en su cuerpo un viejo *Primero*, bastante torpe para distinguir lo bueno de lo malo; ignorante, pues no conocía ni la A., cuya *vara*, como la lengua de una *beata* nada respetaba; pero muy digno de vestir *casaca* y honrar nuestro ejército; y comprendiendo Lustrado cuan útil elemento podía ser, había procurado captarse su voluntad desde un principio y lo conseguió. Algunos días despues de la campaña que hemos narrado, procuró encontrarse, como casualmente con el *Primero*, y una vez solos, se pusieron hablar de asuntos concernientes á la milicia.

¿Cuántos años hace que está U, en servicio, mi *Primero?* preguntó el Mayor en el momento opurtuno.

El Sargento se rascó la cabeza, miró al cielo, contó con los dedos, pensólo bien, y como quien ha resuelto un árduo problema contestó:

—*No me ricordo, me mayor en tempo Salaverdy, levaron; haz cuenta.*

Apesar de que la fecha no era tan remota, como no era el Mayor versado en la historia de nuestras revueltas, no pudo saber con exactitud cuando fué qúe levaron en tiempo de Salaverry; pero contestó asombrado.

—¡Cómo! y ¿en tanto tiempo no es U. más que Primero?

—*Si pues me Mayor; no pude, pues, aprender ler*, y agregó; esos sí eran buenos *tempos: cuándo soldado faltando hasta que muriendo no mas palo con él; General Salaverdy, valiente no mas.*

—Si, pues, contestó el Mayor; pero es que en esos tiempos había disciplina, había verdadero ejército; se ascendía al que cumplìa con su deber, aunque fuera *cholo*, ¿pero ahora? á cualquiera lo hacen Coronel. ¡Y V. en tanto tiempo no es siquiera Sub-teniente!

—*Si, pues, me Mayor, no sé ler*, contestó el *Primero*, que siquiera conocía el buen sentido.

Pero no le convenía al Mayor el buen sentido del *Primero*, que muy conforme con lucir su *gineta*, no quería mas; y así, contestó:

No es eso mi *Primero:* es que mientras no hallan hombres como Salaverry que nos manden, no se premiará el mérito del soldado.

Ya ese *tempo* pasó, contestó sencillamente el *Primero*, que creía que el Mayor hablaba por matar el tiempo y no con la intencion de matar á nadie.

Viendo el Mayor que el *Primero* no entendía á dónde quería ir á dar, continuó:

Es que hasta que los buenos soldados no se unan para *botar* á balazos á todos los *paisanos* no habrá buen gobierno, por que ellos lo han rodeado.

Si, pues *me* Mayor, contestó el *Primero*, que entendía muy bien la disciplina para contrariar á su superior, y muy poco la política para entender lo que le decía.

—Yo le aseguro á U., agregó el Mayor, que cuando haya buen gobierno se ascenderá á todos los sargentos, y entónces tendremos buenos oficiales.

—Ajá *me* Mayor, replicó el *Primero* con la misma calma, y luego agregó: mal gobierno habrá pues ahora; y ¿cuándo habrá buen gobierno?

Pregunta era ésta para confundir á cualquiera ¡cuando habría buen gobierno! Sabríalo Dios, que no los hombres; pero tambien el Mayor lo sabía, porque contestó:

—Muy pronto, si los oficiales y los soldados quieren.

—¿Y *cómo no van pues querer me* Mayor? respondió el Sargento.

—Si quisieran ya hubieran botado á los paisanos y á los traidores.

—¿Habran pues traidores?

—El que deja que manden paisanos es un traidor.

—¿Y cómo pueden pues mandar paisanos? preguntó el *Primero* que, apesar de su ignorancia en materia de política, sabía que el Perú no se hizo para ser regido por ciudadanos ilustrados, sino por soldados ignorantes.

—Por eso es, continuò el Mayor, que ahora no hay nada bueno· por eso es, agregó comprendiendo que se acercaba á su fin, que U. no ha ascendido todavía á oficial.

—Cómo pues *me* Mayor, preguntó asombrado el primero ¿se puede pues ser oficial sin saber *ler*?

Y el Mayor, con más asombro todavía, se le quedó mirando.

¿Cómo? ¿que dice Ud.? ¿No sabìa Ud? ¿para qué se necesita saber leer para mandar una guerrilla ó un batallon?

Reflexionando el *primero* vió que era muy cierto lo que decía el mayor y contestó:

—*Deces bien me mayor y ¿cómo no botan pues los que hacen traidor? ¿cŏmo no botan paisanos que se meten con Gobierno?*

Pero si el Presidente los llama ¿quién los vá á *botar* pues?

—¡Cómo! *¿Presedente llama? Presedente* no servirá pues entonces.

—No sirve pues; pero pronto habrá Presidente nuevo y Ud., si ayuda, será oficial.

—*Cŏmo no voy pues ayudar, si tu queres me mayor, á botar paisanos y traidor.*

Pero para botarlos se necesita soldados.

—*¿Tu no eres pues me Mayor? Hay está me compañía; aunque muriendo no importa*, contestó el *primero* entusiasmado con la idea de *botar paisanos*, y deslumbrado con la de las dos franjas de Sub–teniente.

He aquí pues á un soldado que hasta entónces se había conformado con cargar su fusil y su mochila, ansioso por ceñirse la espada. La serpiente había mordido su alma, y desde aquel dia el cuartel se convirtió en una *babilonia*. La disciplina se relajó, por que el Primero, aconsejado por el Mayor, para asegurarse la edhesion de los soldados, no solo no esgrimió más su *vara*, sinò que se constituyó en su defensor. Al contrario de lo que había sido hasta entónces, se volvió el más locuaz, hablaba largamente con sus compañeros de los paisanos, que era necesario *botar* y *meterlos* en seguida de soldados, y ésto era lógico ¿quién puede resignarse, siendo esclavo, á ver hombres libres? y concluia siempre sus conversaciones con éstas ó parecidas palabra: «cuando dia llegando, *matando* traidores no más, muchachos.» Y su compañía lo oía, lo mismo qne antes la *obligacion del soldado* «Entonces no harán, agregaba, oficiales con *coligio*, sino con nosotros» como quién dice: somos tela ó madera á propósito

para ello; y efectivamente, para él que quiere imponer su voluntad, no hay como oficiales de ésta especie. Como el *Primero*, los soldados se exaltaban con la esperanza de ser oficiales, y puede decirse que todo estaba listo para la *revolucion*, que solo faltaba dar la voz. Y la voz ya estaba lista tambien; no faltaba sino que llegara el dia de gritar: ¡muera el traidor! que moriría.

Y éste dia suspirado no se hizo esperar mucho: en uno de los infinitos puntos de la República, alzó la vóz un *audáz*, ó un *farsante* y dijo que el pueblo lo aclamaba.

Al saber Lustrado tan faústo acontecimiento llamó á parte al viejo *Primero*, cuyas doradas ilusiones, que contrastaban grandemente con sus blancos cabellos, estaban cifradas en ser oficial y en desempeñar un papel activo en la República, y una vez que estuvieron solos le dijo, despues de convidarle una copa:

—Mi *Primero*, por fin vá Ud. á ser oficial.

El *Primero* no pudo responder, por que la emocion ahogó su voz en la garganta, lo que creyó el Mayor que era miedo, y para animarlo le sopló una segunda dósis, pues sabido es que el alcohol es un importante ingrediente en la mezcla que constituye el poder en ésta tierra. Con ésto la voz se le desanudó; pero si antes, lo que el Mayor juzgaba cobardía lo iba á echar á perder todo, ahora el entusiasmo estuvo á pique de perderlos á todos, pues desanudada su lengua, gritó con toda la fuerza de sus pulmones, comprendiendo que el dia había llegado:

—*¡Muera el traidor que venden el Patria!*

Pasado el susto descomunal que éste grito causó al *valeroso* Mayor, vió que no había mas testigo que la botella, y como si recelara de ella, resolvió hacerla desaparecer bebiéndosela, de suerte que á los pocos minutos el *Primero* estaba en aptitud de ser un *héroe*.

—Si mi *Primero*, dijo el Mayor, es necesario que desaparezcan todos esos ladrones que venden á su Patria.

—*Mataremos, no mas me Mayor.*

—Y el mérito será premiado y Ud. será, no ya Sub-teniente, sino Capitan, como lo merecen sus largos servicios.

Dil tempo Salaverdy me Mayor, y exaltado por el recuer-

do de éste gritó: ¡viva Salaverdi! con tanto entusiasmo como si lo tuviera presente.

Continuaron bebiendo y la *bomba* del *Primero* tomó proporciones tan alarmantes que el Mayor empezó á temer un disparate que no solo echara á perder la funcion, sino á los funcionarios.

¡Muera traidor presedente! ¡muera paisanos ladrones que venden el patria! gritaba el *Primero*.

—Calle Ud, mi *Primero* por Dios, decía el Mayor, más tarde morirán; mire que nos ván á oir.

Mas que, no importa; tu eres pues como Salaverdy! muera paisano, muera presedente ladron.

Pero vea U. que todo lo vá echar á perder.

Qué cosa vas pues perder me Mayor; y tomando la botella se la arrimó á los labios; y viendo que estaba vacía agregó: *aguardiente será lo que has perdido ¡viva aguardiente tambien!*

El Subprefecto lo va á oir, calle Ud. la boca.

¡Muera Suprefecto ladron! contestó el Primero.

Luego tomó un fusil y dándoselo al Mayor le dijo:

Toma pues me Mayor, haber si sé mandar.

¿Qué es ésto mi *Primero*? dijo el Mayor queriendo recobrar los fueros á los que ya había renunciado; ¡mire Ud. que soy su jefe.

Entoneces gritaré no más ¡viv.....

Y sin duda hubieran oído éste grito, que daba con toda la fuerza de sus pulmones, si no hubiera saltado el Mayor y tapándole la boca:

¿Que está Ud. loco mi primero?

Agarra pues fusil, me Mayor; yo voy mandar ahora, á ver si sé.

Y tuvo que obedecer el Mayor y ponerse ni mas ni ménos que un recluta del Primero, y maniobrar á las voces de éste que amenazaba con gritar cada vez que se resistía.

Tercen—ar, y el Mayor terció, Derecha—mar, y el infeliz Mayor marchó y así hasta que acabó de recibir la leccion del Primero, que muy bien la necesitaba.

Por fin el entusiasta *Primero* acabó de perder la cabeza y y con ella, el sentido, pues tanto por satisfacer su exigencia, cuanto por hacerlo dormirse y callar le hizo el Mayor enfrascarse otra botella.

¿No es, lectores, digno de verse éste cuadro de dos *políticos* de esos tiempos, *discutiendo* sobre un importante negocio de estado, nada menos que de cambiar de Presidente de la República? Estas fueron por mucho tiempo las *Asambleas* en que el Perú *libre* eligió sus mandatarios: en lugar de leyes que la reglaran, una botella de *pisco ó ron* inspiraba á los *electores*, y unas cuantas bayonetas sancionaban el incontrastable derecho de la fuerza. Pero no nos admiremos de esos tiempos, cuando en otros mas recientes y más liberales, el *aguardiente* ha sido el elemento principal de la popular eleccion. Haciendo de *club*, una *chingana* era el centro de reunion de los *políticos y ciudadanos*; y para evitar *estériles* discusiones, y no perder el tiempo en ellas, se ponian á beber, y al siguiente dia salian dispuestos á ser *héroes de la libertad*, á matar en su nombre, siendo ella la primera víctima. Si, como algunos opinan, este continente debió su existencia á una catástrofe ¿qué estraño es que cada uno de sus pasos sea tambien una catástrofe?

Mucho contrarió al Mayor la bomba del *Primero*, pues el movimiento debía tener lugar esa noche y él era la palanca principal de la conjuracion, el más útil, puesto que era el mas inconsciente. ¡Por una débil cabeza se perdía la ocasion! mejores cosas se han perdido, es cierto, á causa de las débiles cabezas; pero el Mayor, que por ésto mismo veía la suya en peligro y no había cursado *filosofía*, no podía resignarse á perder la Sub-prefectura con todas sus *gangas*, que era lo que por lo pronto le proporcionaría el "rio revuelto." A medida que la noche entraba se aumentaba su temor, por que uno de los mas temibles enemigos es la oscuridad protectora de los crímenes; pero esta debía ser tambien protectora de Lustrado, por mas que lo qne se preparaba á hacer fuera un acto muy *laudable* ¿dónde estaba pues la causa de tanto temor? Estaba en las palabras que había pronunciado el *Primero*, las que felizmente se habían perdido en los átomos del aire; pero, sobre todo, en su miedo ¡el miedo, el enemigo más temible por que se siente sin saberse por qué se le teme, ni se le vé venir! Y contra el miedo no hay mas arma posible que el valor ¡véase pues si estaría tranquilo el Mayor y si de algo podría servirle la espada!

Mientras el Mayor pasaba momentos tan angustiosos, el *Primero* dormía como un bendito ¡mas valiera que hubiera seguido durmiendo! por que ya llegaba el dia en que iba á pagar con su vida la única mancha de su modesta y triste carrera.

Amaneció al fin, nublado ó radiante, no importa como; y de cualquier modo fué un contra tiempo, pues el plan estaba prepado para verificarse en la oscuridad de la noche, con lo que hubiera podido tomar á todos en sus camas y allí, segun su voluntad, amarrarlos ó asegurarlos mejor quitándoles la vida. Reflexionó el Mayor si seria mas conveniente diferir la ejecucion para la noche de ese dia; pero comprendió que un secreto no se guarda largo tiempo en muchos pechos, y el *miedo le infundió valor* para ejecutarlo en el acto.

Muy acertado estuvo el Mayor con ésto, por que los conjurados, apesar de haberles referido la causa del retardo no estaban tranquilos ¡cuánto no les estorbaría un secreto en que les iba la vida! pues muy bien sabian que si se divulgaba y llegaba á oídos del Suprefecto y su *familia*, morirían, no fusilados, sino flajelados. Cualquier observador hubiera podido notar en el rostro de los sargentos y cabos conjurados la angustia que los torturaba. Cada vez que un oficial venía, cada vez que un jefe se movia se juzgaban perdidos y se tornaban pálidos, como la muerte que por momentos esperaban. Si este estado se hubiese prolongado la sospecha hubiera surgido en los oficiales, y tras ella hubieran venido las averiguaciones y tremendo escarmiento.

El Mayor, que era capitan de una de las diminutas compañías del *batallon*, se hallaba á la puerta de su cuadra, hacía mas de una hora esperando la ocasion propicia, sin pensar que esa osasion pasaba á medida queel tiempo trascurría, por que el desaliento se iba apoderando del ánimo de los conjurados. De pié allí, con los ojos fijos en tierra; como si la interrogara si le reservaba un patíbulo ó un sitial, su semblante era el espejo más límpido de su alma, donde se reflejaban las distintas y angustiosas sensaciones del momento. A su frente estaba el *Primero*, que como fiel espejo suyo, á su vez, palidecia cuando él ó se tranquili-

lizaba. La perplejidad del Mayor desesperaba á todos y el mismo contaba con muy pocas esperanzas.

El toque de marcha que oye el soldado sin inmutarse ordinariamente, lo electriza el dia del combate; y el de *rancho* que sonó á la hora de costumbre, causó, si no un efecto igual análogo, en el ánimo de los conjurados. Los sargentos y cabos de la conspiracion, que como siempre que se trata de tal cosa están de servicio, no llaman á formar á sus compañías y escuadras ¿no van con el pretesto de rancho, á sacarlos y tomarlos afuera desarmados? La parte de la tropa que no está iniciada en la conjuracion se admira de la poca premura de los clases. La actitud de éstos denuncia algo extraordinario y todas empiezan á mirarse el rostro con desconfianza.

Las vacilaciones del jefe tienen acobardada á la tropa; pero el instinto de conservacion anuncia á los conjurados que no les queda mas camino que el obtuso que se han trazado faltando á su deber. Asómanse á ver la actitud de su jefe; pero éste continúa aterrado, como petrificado, como si contara los pasos de la muerte

Evidentemente el momento ha llegado; pasado él ¿quién se salvará?

El Jefe del cuerpo entretanto se apercibe de una irregularidad, tanto mas admirable cuanto que ni vagamente sospecha lo que sucede. ¡La corneta ha sonado y la tropa no está formada! ¿Qué es ésto?—exclama; y avanzando grita con voz de trueno:

—¿Qué hace la tropa que no forma ? ¡A formar Mayor Lustrado! agrega dirijiéndose á éste último, blanco tiempo há de todas las recriminaciones, con justicia ahora de la cólera del Jefe—¿no ha oído Ud. la corneta?

Si el sonido de ésta causó efecto tan terrible como hemos visto, la voz del Jefe fué como la del ángel exterminador. Sin embargo nadie se movió para obedecerlo, y mas que terror, fué impaciencia la que sintieron los sargentos del motín al ver que la iniciativa no se daba.

El brevísimo instante que trascurrió sin que la tropa formara era no solo una desobediencia punible, sino un fatal indicio; tan terrible instante era la perdicion de todos.

Uno de esos individuos, traidor á su deber, no creyó hallar mas camino de salvacion que traicionar á su vez á sus compañeros; desgraciadamente el crímen cobarde halla más clemencia que cuando reviste cierto carácter de grandeza; ese individuo, abandona el puesto que la traicion le ha asignado, y se dirige hácia el Jefe, que estupefacto mira á su tropa que no obedece, y empieza á hablarle en voz baja ¿qué le dice? nadie necesita oir para saberlo ¡estan perdidos!—No.

En este momento decisivo, un jóven Sargento 2.° fué la salvacion de todos: haciendo armar y desfilar á su tropa, con toda la calma de un veterano antes de dar lugar á que el jefe vuelva de su asombro, dirigiéndose al Mayor Lustrado esclama:

Mi Mayor, la tropa está lista!

Dada la iniciativa y reanimados con el aplomo de éste jóven soldado, los otros clases siguieron el movimiento; la reaccion se produjo, el Mayor volvió de su desmayo y el cuartel se convirtió en un teatro de imbécil matanza.

¡Qué esto mi sargento, mi Mayor! ¡á arrimar las armas, á formar la guardia! grita el jefe con toda la energia de tal y avanza con la espada desnuda. ¡A sus cuadras al trote! continúa, mientras los rebeldes dán órdenes contrarias; pero la cuestion no es de voces de mando sino de balas, y el sargento, cuyo valor ya conocemos, tomando otra vez la iniciativa, apunta y dispara á su jefe cortándole la palabra con la vida. En el momento aparecen algunos oficiales á intentar restablecer el órden; pero un tiroteo ciego se traba y los Jefes huyen y el del motin se oculta.

Por largo rato el cuartel quedó sumido en el humo, y el ruido de la fusilería, en tan reducido espacio, ahogaba los lamentos de los moribundos y las voces de ¡alto el fuego! ¡nos estamos matando! que daban otros. Resonaban en medio del ruido infernal los fatídicos vivas al Mayor Lustrado, que se hallaba en aquellos momentos muerto de miedo. Como no todos estaban en el secreto, ignoraban que era inútil la matanza, que el triunfo de éste estaba consumado. Al fin cesaron los fuegos, debido á la buena inspiracion de un sargento que hizo tocar *alto el fuego* por la corneta, única

voz que oyeron los soldados: solo entonces empezaron á oirse los lamentos, y cuando el humo se disipó vieron como se rarastraban los heridos por los suelos al lado de gran número de cadáveres ¡entónces vieron los resultados de la endiablada *muchachada* del sargentito! y entónces tambien salió Lustrado de su escondite á recoger los despojos del triunfo.

Victimas de éste fatal suceso fueron el viejo *primero* en cuyo pecho se habia despertado á la vejez la ambicion de..... la gloria. Soldado por la fuerza, al principio de su carrera, se acostumbró despues, y solo sabía terciar el fusil, echar al hombro y llevar el paso; pero quiso ser mas que soldado y en lugar de *dorados* halló plomo ¡Felíz él, que había pasado su juventud y su edad viril sin ilusiones! ¡felíz él, que á los 60 años murió lleno de doradas ilusiones! si, muy felíz, aunque nadie á buen seguro lo envidiará. Paz en la tumba del viejo *primero* sobre cuya loza sepulcral se podría escribir, para ejemplo, éste epitafio: *la vara le enseñó á cumplir con sus deberes, una bala á que no se deben olvidar.*

En la puerta de su cuadra se hallaba el verdadero *héroe* de esta funcion, el jóven sargento 2.,° tendido cual largo era, con el rostro al suelo, como si al morir hubiera tenido miedo ó verguenza de mirar al cielo. A su lado corrian regueros de sangre que manaban de tres balazos que habian puesto fin á su prematura existencia ¡feliz él! tambien diremos, aunque tampoco envidie nadie su felicidad; pero sí, muy felíz fué al morir cuando derramó la primera sangre humana, por que ¿cuánta no hubiera derramado cuando se acostumbrara quien no estándolo, veia la vida agena con tanto menosprecio? Destinado hubiera estado á ser uno del infinito número de nuestros mandrias, número tan prodigioso, que no parece sino que de la sangre de un malvado nacieran ciento. Adolescencente á quien el torbellino de la revolucion arrancó al hogar para entregarlo á la muerte ántes que viera realizada locas y fatales ilusiones, creía que para adquirir gloria era indiferente matar enemigos ó hermanos, exaltada su imaginacion por esas relaciones de acciones audaces que han inmortalizado nombres fatídicos, que han elevado á hombres que no han sabido despues defender un puesto de peligro que la patria les ha confiado en sus días difíciles; acciones que han

dado en llamar valerosas, pero para las cuales, si valor se necesita, no es ciertamente para vencer peligros que una trama bien urdida ha eliminado, sino la natural repugnancia de la conciencia: para tales *heroismos*, solo se necesita una conciencia ligera, una alma depravada y valor para lucir en público, arrostrando la vindicta universal, premios asi conquistados. Admiremos, una vez mas, la sabia política de nuestros mandatarios que alimina los sentimientos que hacen al hombre un ser digno, para convertirlo en vil instrumento, en servil adulador.

Nuestro jóven Sargento en otra parte ó en otras circunstancias hubiera sido un héroe verdadero; pero ahora, solo hubiera sido uno de los tantos que nosotros exponemos con el mismo orgullo con que los antiguos exponian al *dios Baco* Habria oido decir que en cierta ocasion un soldado se hizo coronel matando á sus jefes; tal vez lo conocia. Habria sabido que un capitan pretestando y manchando una causa justa quitó la vida, con sus propias manos, á su coronel, por lo que ganó el puesto de tal; no lo conocería, pero sí lo conocerá el lector, en uno de nuestros *mejores* Coroneles. Tambien sabría que un audaz General se hizo Presidente con unos cuantos sargentos y cabos y un puñado de ávidos aventureros, y finalménte, habia sabido temprano lo que su compañero el *primero* demasiado tarde: el importante papel que en política representan los cabos y sargentos, y queria descollar entre sus iguales, patentizar ante el mundo que era dígno de los modelos que imitaba; y soñaba ya con presillas y... quién sabe hasta con la banda presidencial. Aún no habia quemado mas pólvora que la de los fogueos, pues en la última expedicion, en la que hizo gala de un ardimento nada generoso tratándose de masas fáciles de vencer, perteneciendo á la vanguardia que mandaba el Mayor Lustrado, no tuvo ocasion de derramar sangre inocente, de lo que se dolia muy deveras. Por eso aceptó con júbilo sin vacilar, sin necesidad de frases estimulantes ni aguardiente, las proposiciones del Mayor para formar parte de la conjuracion de que fué víctima ¡creía que la carrera militar era la de las revoluciones! error que ha producído tantas víctimas como víctimadores; y bajo éste concepto, el principio no podia ser mas brillante.

Ademas de estos dos, yacian por distintos lugares 15 ó 20 entre soldados y clases que habian muerto matando á sus compañeros; perdónelos Dios; perdone al viejo *primero*, porque le habian enseñado á no saber lo que hacia; perdone al jóven *sargento*, porque aún no sabia lo que hacia y á todos, porque al fin pagaron con su vida, tal vez el único crímen que habian cometído en el curso de ella; pero ¡no perdone nunca al Mayor Lustrado (ni á los que se les parezcan) que no habia tenido valor para arrostrar el peligro y tenia sangre fria para ver correr con rostro sereno y corazon tranquilo la de sus compañeros, ó mas bien, la de sus víctimas! Efectivamente, el personage cuya *gloriosa* vida nos ocupa, que salió de su escondite cuando cesó el fuego, algo temeroso todavia, se tranquilizó completamente cuando vió al jefe del batallon muerto, tres ó cuatro oficiales mas en igual *sueño* y oyó gritar á los suyos ¡viva el Subprefecto Lustrado! Entónces dejando á los heridos jemir y arrastrarse por los suelos, salió con la fuerza disponible á la calle, y empezó á recorrerla, no por paseo, sino apresando y saqueando las casas de cuantos habian sido amigos, talvez solo en apariencia, del antiguo subprefecto; y esto era inescusable porque así lo habia ofrecido á la tropa y, por otra parte, natural porque en política las faltas de los funcionarios las pagan hasta los amigos. Durante algunas horas la reducida poblacion pudo hacer de cuenta que tenia encima un ejército invasor, pues muy raro fué aquel de sus habitantes que no perdió todo, *hasta el honor* Felizmente, hácia la tarde, aquellos que no tenian la ambicion ó la promesa de vestir la *casaca* se fueron á sus patrios lares, quedando con el Mayor Lustrado unos cuarenta que querian *honrar* nuestro escalafon y aumentarlo en la misma proporcion.

Como lo ordena nuestra «Constitucion Revolucionaria», lanzó Lustrado una proclama á sus soldados y un manifiesto á la Provincia en el que daba amplias explicaciones de lo que habia hecho, con lo que podian darse por satisfechos los que todo lo habian perdido. Despues se elevó una *acta* á cuyo pié iban los nombres de los cuarenta sargentos, cabos soldados y paisanos que le habian tomado cariñoá la carrera, y querian seguirla con *provecho* y como es debido, al trote

á la carrera al ¡volar, volar! y cuando hubiera peligro corriendo del enemigo, pues no se crea que estos *bravos* fueran inaccecibles al miedo: baste saber que entre ellos habia muchas imágenes de su hacedor Lustrado. Con lo anterior quedó justificada la conducta del nuevo Sub-prefecto (tal habia sido aclamado por el *pueblo soberano* representado por sus soldados), las hechas y por hacer, esto es, los *cupos* que echara en dinero, bestias y ganado.

El Mayor, por lo que pudiera suceder, se habia levantado *sin bandera*; esto quiere decir lectores, que no habia proclamado á fulano ó á sutano, sino á sí mismo, con lo que pensaba *caer siempre de pié*; pero los más concienzudos cálculos yerran algunas veces, como vamos á verlo.

Era Prefecto del departamento un Coronel que aventajaba al Sub-prefecto en conocimientos *táctico-políticos*, y desde su puesto observaba cuanto pasaba en las altas regiones de la República. Como *político* y como *buen gobernante* cifraba sus ahincos en caer siempre de pié; como todo *satélite* estaba al *sol saliente*, hasta que llegase el dia de convertirse, á su vez, en centro del sistema planetario de éste mundo llamado Perú, que parece no lo hubiera hecho Dios sino el Diablo; así es que á medida que el Gobierno avanzaba en su precario periodo, él trataba de asegurarse periodo mas duradero, y por consiguiente era, empleando términos claros, uno de los conjurados contro el órden que servía. Por cada correo mandaba una doble correspondencia; al actual mandatario le decia: el órden se mantiene inalterable: y al futuro: cuando querais todo está listo; y fué precisamente al aproximarse el momento cuando Lustrado hizo su barrabasada.

El *pase* del Mayor, que lo hacia merecedor de severo castigo del gobierno presente, lo debiera hacer, al contrario, acreedor á premio, tambien muy merecido, del futuro, pero ?quién hubiera dicho que tal no sucederia? Una *revolucion* es cosa tan *revuelta* de por sí, que dificil se hace explicarla, como tambien hacerla de modo que dé todo el provecho apetecible: no siempre se cae de pie.

Por ser tan remota como insignificante la Provincia en donde servia el Mayor Lustrado, no habia sida visto para

formar parte del pueblo que, sable en mano, debia *elegir* al nuevo Presidente, apesar de ser conocido como un magnífico elemento de *desgobierno*; mas con el paso que habia dado, no solo enmendaba tal olvído, sino que se situaba en un lugar preminente en el nuevo órden de cosas que se inaugurara, y tanto que el Prefecto temió lo anulara, por lo que trató de cortarle las alas.

Efectivamente, aprobó su proceder y llamóle para contribuir juntos á la inauguracion del nuevo gobierno, y exitó su patriotismo haciéndole presente que sin él nada podría hacer por carecer de fuerza. Pues si carece de fuerza, se dijo Lustrado, seré yo, que la tengo, el que mande, y se puso en marcha resuelto á amarrar al Prefecto si al presentarse no le reconocía; pero éste que, como hemos dicho, abrigaba recíproca intencion, le tendió una zelada y Lustrado fué pescado en sus propias redes, y *guardado*, prévio aseguramiento con una barra de grillos, y solo cuando el nuevo órden de cosas revistió apariencia de consolidacion, salió á ver la luz, á dar lástima y á solicitar su incorporacion en el cuerpo de *lagartos*; pero las súplicas fueron, como en análoga ocasion, vanas, y no pudo por ningun medio probar que habia sido de los buenos, desde que no fué de los fuertes. ¡él, el primer infiel era el último de los fieles, y tenía que sufrir el martirio á estos reservados!

Pero, lo de siempre: una nueva revolucion vino á despejar el horizonte de los pretendientes y ociosos, á ofrecerles asilo y pan, y Lustrado voló en demanda de uno y otro; y despues de las matanzas de costumbre, de haber asesinado ó *amarrado* algunos subalternos á sus jefes, en fin, despues de haberse despoblado el Perú y arrazado y saqueado el tesoro público y privado de la Nacion, hubo un nuevo Presidente, nuevos ministros, nuevos Prefectos y Subprefectos y entre éstas cosas nuevas se encontró nuestro Mayor, Lustrado, ya un poco viejo, pero rejuvenecido con un par de presillas de Teniente-Coronel: fué nombrado Subprefecto de la provincia donde lo hemos encontrado.

Cuando en siglos ya remotos el fanatismo religioso ó la ambicion política lanzaba á los pueblos a exterminarse mutuamente, un *breve* pontificio ofrecia la salvacion eterna á todo el que contribuyera á la obra de destruccion. *Garantizada* de este modo el alma, marchaban los *cruzados*, los malhechores confundidos con los fanáticos, sembrando de ruinas y manchando con sangre el camino de su *salvacion eterna*. Mas nunca alcanzaron el objeto que se proponian los que de buena fé aspiraban al triunfo de sus creencias, porque jamás la Providencia se hace cómplice de las torpezas ó de las maldades de les hombres. Cosa parecida ha pasado en nuestras revoluciones: la bandera de un partido cobijaba sin distincion á cuantos á ella se replegaban, y *la causa*, como *la indulgencia*, favorecia todos los crímenes y á todos los criminales, brindándoles junto con la ocasion, la impunidad, sin pensar que la causa mas justa se destruye á si misma al adquirir tales gérmenes de descomposicion. Por eso cada *revolucion* ha aportado á la arena política individuos cuyo sitio era un *panóptico*; por eso no son escasos los tipos como el que á grandes pinceladas hemos bosquejado.

Aquellos que en esta novela vean su propia imágen se erguiran irritados, como el escorpion al pisarle la cola: pero los soldados patriotas y pundonorosos, aquellos que hayan debido sus ascensos á sus servicios y no á intrigas criminales, no se disgustarán de que acudamos con la crítica en auxilio de la ordenanza, sobre todo, hoy que con la desaparicion de un Gobierno, hijo legítimo de la Dictadura Piérola y el enemigo extranjero, que contuvo como en potencia los malos elementos de que nunca se vió libre el Perú, se presenta la ocasion de reformar nuestro ejército.

INDICE.

PÀGINA.

A los lectores..... 3
Advertencia..... 7
La Raza Indígena..... 11
El Pacificador..... 23
La justicia de un Subprefecto..... »
Como cumple con su deber un Subprefecto..... 29
Un militar modelo..... 32

ERRATAS.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
7	6	semejantos puedan.	semejantes suyos puedan
9	25 á 37	visten sayalos á lo cual los obliga el clima que les dà formas bestialos: por lo domas.....	visten sayales, à la cual los obliga el clima, que les dan formas bestiales por lo demas
18	21	encoroeandole.....	encomendàndole
19	16	y esclamaban...	esclamaban.....
21	33	si la tuvieron.....	si la tuvieran
24	10 á 11	que fuera dentro de veinte años aún....	¿qué importaba que fuera dentro de veinte años?
27	5	bien, hecho..... ...	bien hecho
28	26	cuando no lo hacia sentarse.....	cuando no, lo hacia sentar
30	7	aunque.....	y aunque
32	28	describir.....	descubrir
48	6	las ilusiones de los ojos abiertos.....	las ilusiones, con los ojos abiertos,